

Capítulo 5-Curación y plenitud.

Introducción

Grosse Fuge (La Gran Fuga) de Beethoven – el ego y el Espíritu Santo.

Así como el Capítulo 4 introdujo formalmente el ego, el Capítulo 5 proporciona la introducción formal al Espíritu Santo, la primera vez en Un

Curso de Milagros en la que Él es discutido de manera extensa.

Antes de comenzar realmente con el papel del Espíritu Santo y lo que significa tenerlo como una Presen-cia en nuestras mentes, me gustaría volver a Beethoven y su Grosse Fuge, de la que hablé brevemente en el

Preludio. Cuando comencé a trabajar con el Curso y profundicé en el campo

de batalla en nuestras mentes entre el ego y el Espíritu Santo, pensé en la

Grosse Fuge de Beethoven. La música de Beethoven generalmente se divide en tres etapas: temprana, media y tardía. Su música más famosa

pertenece al período medio, que incluye las Sinfonías Tercera, Quinta y Séptima. La Novena está en la cúspide entre la media y la tardía, que está

dominada por las sonatas para piano y los cuartetos de cuerda finales, y

creo que esta última es la cumbre de toda la música. El lector puede recordar que Grosse Fuge, pertenece al período final del Maestro, fue lo que

Beethoven escribió originalmente para el movimiento final del 13° Cuarteto.

Grosse Fuge significa "gran fuga" – una fuga es, muy brevemente, dos o

más temas que son tocados y desarrollados simultáneamente – y aquí se

encuentra una representación poderosa del ego, específica-mente las leyes

del caos. Es música agresiva, casi imposible de tocar, y mucho menos escuchar, y parece continuar indefinidamente, aunque la pieza no dura ni

veinte minutos. Recuerdo una vez que estaba acostado en el piso de mi sala

escuchando estos últimos cuartetos. Mientras sonaba Grosse Fuge, era como si la habitación giraba a mi alrededor con libros que caían de los estantes – una experiencia verdaderamente caótica. Por suerte, al principio,

se introduce un tema suave, el opuesto de los demás, aunque se deja de lado

rápidamente. Entonces entendí la experiencia de la gracia que muchas personas han descrito. El tema es suave y hermoso, y uno puede compararlo

con el Espíritu Santo y Su perdón, aunque ese ciertamente no ha sido el

término de Beethoven para ello. Después de la introducción, los otros temas

fugales se hacen cargo y uno es arrojado a un verdadero infierno. Pero este

tema lleno de gracia vuelve a aparecer de repente, y el caos gradualmente

llega a un final. Por un tiempo, la melodía se convierte en parte de la fuga, y

es como si el ego y el Espíritu Santo van y vienen, hasta que – finalmente –

el tema del ego se transforma cuando la fuga termina en una gloriosa nota

de triunfo.

Curiosamente, como mencioné anteriormente, la siguiente música que compuso Beethoven fue el movimiento de apertura, también como una fuga, para el 14° Cuarteto, posiblemente lo más cercano que nadie haya

llegado a representar la paz de Dios. Cuando estos cuartetos se toman como

un todo, se puede deducir que no se alcanza el Cielo sin pasar primero por

el caos del ego; y uno no puede navegar con éxito en las aguas turbulentas

del ego sin la gentil guía del Espíritu Santo. A medida que avanzamos en

Un Curso de Milagros, no solo leyéndolo sino viviéndolo, experimentamos

una batalla en nuestras mentes entre estas dos fuerzas. Ciertamente, el

Espíritu Santo no participa en el aparente conflicto, pero desde el punto de vista del ego, Él es el enemigo. Sin embargo, Su Amor gana, como en la obra maestra de Beethoven, a los asesinatos del ego, al ser domesticada su cacofonía, por así decirlo, cuando ésta se la lleva a los sonidos amorosos del Espíritu Santo.

El tema de la suave melodía del Cielo se encuentra en "La canción olvidada", que veremos más adelante (T-21.I). También se describe en El

Canto de la Oración como el canto que el Padre y el Hijo se entonan mutuamente (S-1.in.), un símbolo maravilloso para la paz de Dios y la unidad de Padre e Hijo, siendo el Espíritu Santo el recuerdo en la mente

correcta de esa canción. El punto crucial, la razón de esta discusión, es que

el recuerdo de esta melodía está en todos nosotros, cantando continuamente

su dulzura. Sin embargo, lo ahogamos con los sonidos estridentes del ego:

nuestras vidas, con su concomitante hostilidad y terror. No obstante, la melodía está ahí, porque el principio de Expiación – que la separación nunca sucedió – está encapsulado para nosotros por la Presencia del Espíritu Santo en nuestras mentes. No importa cómo tratemos de cubrirlo,

Su Amor nunca puede ser totalmente olvidado. Queda al menos un pequeño

toque de melodía que nos recuerda que podemos hacer otra elección, incluso en medio del caótico mundo de culpa y odio del ego.

Lenguaje.

Antes de explorar la Presencia amorosa del Espíritu Santo, me gustaría comentar sobre el lenguaje del Curso, que el lector puede recordar, se discutió brevemente en el Preludio. Muy frecuentemente comentamos que

no deberíamos tomar literalmente – en el nivel de forma – todo lo que leemos en el texto, aunque el contenido debe ser aceptado como verdad. El

texto no está escrito como un libro de texto científico sino como una obra de arte. Utiliza símbolos que no deben tomarse literalmente. Tomemos como ejemplo, el final de Otelo de Shakespeare, donde el héroe entra en la habitación de Desdémona y dice: "Apaga la luz, y luego – apaga la luz ...".

¿Por qué la redundancia? El primer "apaga la luz" se refiere a apagar la lámpara de Otelo en la habitación de su esposa, y el siguiente refleja simbólicamente su intención de matarla. Un Curso de Milagros también está lleno de símbolos que no deben ser entendidos por su valor nominal.

Jesús dice que Dios está solo e incompleto (T-4.VII.6:4,7) y que "se lamenta ante el "sacrificio" de Sus hijos" (T-5.VII.4:5). Obviamente, Dios

no está solo, no se lamenta, y no está incompleto. Estas son formas que reflejan el contenido subyacente del Amor de Dios hablándonos de una manera como cuando somos niños. Es reconfortante saber que nuestros

padres nos extrañan y se sienten solos si estamos desaparecidos, se sienten

incompletos si no estamos allí y se lamentan si tenemos dolor. Estos son

pensamientos amorosos para nosotros, pero claramente no están destinados

a ser tomados literalmente. La noción misma de un Dios Que es una persona tampoco debe ser tomada literalmente. Nuestra fuente no es una

persona, y no tiene un cuerpo, y mucho menos género. En otras palabras,

Dios no es una entidad con una identidad separada de la nuestra. Sin embargo, porque creemos que estamos separados, Jesús nos habla en esos términos.

También se habla del Espíritu Santo como una persona, referido con un pronombre masculino. De hecho, la mayoría de las palabras utilizadas para

describir el Espíritu Santo son personificaciones: maestro, mediador, guía,

intérprete, traductor, consolador, etc. Nuevamente, estos no son más que símbolos que nos permiten relacionarnos con esta Presencia amorosa en nuestra mente como si Él fuera una persona, aunque divina. Sin entender esto, uno quedaría atrapado en antropomorfismos muy extraños, proyectando cualidades pertenecientes al homo sapiens en una figura u objeto. Hacemos esto, por ejemplo, cuando un auto nos falla y lo maldecimos como si fuera una persona. Hacemos lo mismo con Dios y el Espíritu Santo.

La forma correcta de mirar al Espíritu Santo es que Él simboliza un pensamiento o recuerdo. Cuando nosotros creímos que nos separamos de

Dios y nos quedamos dormidos, soñando con la separación, nos llevamos a

nuestro sueño de la mente el recuerdo de Quiénes somos como el Hijo de

Dios. Ese recuerdo es el Espíritu Santo. Veremos aquí que, aunque el Espíritu Santo se describe antropomórficamente, Jesús explica que Él es

una Idea o Pensamiento. De hecho, al final de la clarificación de términos,

Jesús nos dice que la forma del Espíritu Santo – una Voz o Persona dentro

de la mente – es una ilusión (C-6), una ilusión útil para estar seguros, porque mientras pensemos que somos una persona, necesitamos una relación con una figura en el sistema de pensamiento de nuestra mente

quien también sea una persona. Una vez más, es importante recordar que

estos símbolos no deben tomarse literalmente. Proceder de esta manera

ayudará a prevenir el desafortunado error de confundir forma y contenido,

cuerpo y mente. Dado que la tarea del Espíritu Santo es deshacer lo que ha

hecho el ego, necesitamos experimentarlo como operando al mismo nivel
que el ego; de lo contrario la mente no podría relacionarse con Él. Nos habla en el nivel en el que creemos que estamos: la condición de estar separados y viviendo en un cuerpo que llamamos homo sapiens. Dentro de nuestra experiencia en el mundo corporal, podemos entender que
a medida que nuestros problemas se manifiestan en las relaciones especiales, es allí donde parece ocurrir la curación del Espíritu Santo. En
verdad, no hay relaciones entre cuerpos porque éstos no existen, y las relaciones son simplemente proyecciones de los pensamientos de la mente.
Sin embargo, mientras creamos que somos cuerpos que interactúan con
otros cuerpos, nuestra experiencia debe ser que el Espíritu Santo nos ayuda
a sanar estas relaciones. La curación, sin embargo, ocurre solo en la mente
y, estrictamente hablando, ni siquiera es el Espíritu Santo Quien sana. Nosotros somos los que sanamos ya que somos los que elegimos contra el
Espíritu Santo. Esta elección equivocada es el origen de toda enfermedad, y
corregirla es la fuente de toda curación. El Espíritu Santo no hace nada excepto ser un amoroso Pensamiento Cuya Presencia en nuestras mentes es
el "Llamado" a elegirlo a Él en lugar del ego.
El Espíritu Santo toma lo que el ego ha hecho y lo reinterpreta; Él no lo trasciende. Como en la Grosse Fuge, el tema que he llamado la melodía de
la gracia, no se convierte en la parte dominante del fin de la fuga, sino que
transforma la parte enojada o egoica. En capítulos posteriores, Jesús explicará cómo el Espíritu Santo transforma nuestras relaciones especiales
(por ejemplo, T-17.IV.2:3; T-18.II.6-7). Porque tenemos conceptos de Dios,
Cristo, el Espíritu Santo y Jesús orientados al cuerpo – a imagen del homo

sapiens – el Curso los usa, pero con contenido transformado. Otro ejemplo es donde Jesús toma varias declaraciones del Antiguo y Nuevo Testamento, una más terrible que la siguiente, y las reinterpreta (ver, por ejemplo, T-5.VI.5-9), mostrando a Helen y Bill cómo pueden reinterpretar las cosas viciosas y odiosas que habían hecho en sus vidas y limpiarlas de sus errores. Por cierto, esto no quiere decir que estas reinterpretaciones reflejen el significado bíblico. El punto de Jesús, nuevamente, era ilustrar cómo la misma forma puede expresar un contenido diferente; como nuestras relaciones especiales, que tenían el propósito de proteger la culpa, pueden convertirse en el medio para deshacer la culpa, y así reflejar la vida eterna del Cielo en lugar de la crueldad del sistema de pensamiento de muerte del ego.

El punto de esto es que al mirar lo que Un Curso de Milagros tiene que decir sobre el Espíritu Santo, nosotros no debemos olvidar que las palabras no son lo que importa, sino su contenido que hace eco de la melodía de la mentalidad-correcta que nos recuerda el amor del Cielo y nos conduce suavemente hacia allí.

El espíritu santo

Este pasaje es una hermosa expresión de cómo funciona el Espíritu Santo:

(II.7: 1) La Voz del Espíritu Santo no da órdenes porque es incapaz de ser arrogante.

Jesús nos dice que aquellos que dan órdenes, en el sentido de dominar, están

llenos de arrogancia porque le están diciendo a Dios que Él está equivocado

acerca de Su Hijo unificado. La separación se convierte en realidad, y ahí

nace la creencia en las diferencias que se expresan en el poder que domina

sobre los demás.

(II.7: 2) No exige nada porque Su deseo no es controlar.

La Voz del Espíritu Santo no exige que hagamos algo, porque Él sabe que no hay nada que deba hacerse ni nada que deba controlarse. La verdad de la Expiación necesita simplemente ser aceptada por la mente.

(II.7: 3) No vence porque no ataca. No puede haber triunfo en el amor, porque ¿cómo puede la unidad entrar en conflicto consigo misma? Solo en sueños es esto posible, y los sueños sólo necesitan ser despertados, no sanados o vencidos.

(II.7: 4-5) Su Voz es simplemente un recordatorio. Es apremiante únicamente por razón de lo que te recuerda. La Voz de Dios nos recuerda el himno del Cielo, el Amor de Dios que todavía está con nosotros y que elegimos cuando volvemos a nuestras mentes correctas. Como siempre ha estado presente, todo lo que necesitamos hacer es recordar que está ahí. Aprender a perdonar (ver el rostro de Cristo en nuestros hermanos) es lo que causa que este recuerdo de Dios y Su Hijo sea restaurado a nuestra conciencia.

(II.7: 6) Le ofrece a tu mente el otro camino, permaneciendo serena aún en medio de cualquier confusión a que puedas dar lugar. Mi ejemplo de Grosse Fuge de Beethoven expresa esta idea. En medio de nuestras vidas tumultuosas nos queda el recuerdo tranquilo o la melodía que dice: "Hermano mío, elige de nuevo" (T-31.VIII.3:2). A pesar de nuestro terror, ira o desesperación, la Presencia amorosa de la misericordia y la verdad nos devuelve a Sí Mismo, recordándonos, a pesar de nuestros sentimientos, que podemos hacer otra elección.

(II.7: 7-8) La Voz que habla por Dios es siempre serena porque habla de paz. La paz es más poderosa que la guerra porque sana. En ninguna parte aquí dice que el Espíritu Santo nos conseguirá espacios de estacionamiento, nos curará de un cáncer o provocará la paz mundial. Su tranquila Presencia nos recuerda solo lo que hemos olvidado, el amor que

nos insta a elegir de manera diferente, recordándonos la otra manera:
paz en
lugar de guerra. Dicho de otra manera, un tema al que volveremos una
y
otra vez, el problema no era la diminuta y alocada idea de la
separación,
sino que nos la tomamos en serio cuando olvidamos reírnos de su
tontería
inherente (T-27.VIII.6:2). A este efecto, hay una notación en la tabla en
el
cuadro del ego (ver Apéndice) sobre la seriedad de creer que el error
es real,
y en el cuadro del Espíritu Santo la notación expresa Su corrección a
través
de la risa suave que sonríe ante el tonto sueño que nunca fue.
Incluso en medio de lo que parecen ser situaciones graves en nuestras
vidas,
personales y colectivas, sigue siendo la tranquila y gentil Presencia
Cuya
sonrisa encantadora nos llama y dice: "Puedes ver esto de manera
diferente". Él trabaja a través de nuestras mentes para ayudarnos a
comprender el ego, no para destruirlo. La pureza de Su Amor nos
recuerda
Quiénes somos como el Hijo de Dios, el santo Ser que Él creó uno con
Él,
como nosotros ahora leemos:
(III.7; 8: 2-4) El Espíritu Santo es el Mediador entre las
interpretaciones del ego y el conocimiento del espíritu. Su capacidad
para utilizar símbolos le permite actuar con las creencias del ego en el
propio lenguaje de éste. Su capacidad para mirar más allá de los
símbolos hacia la eternidad le permite entender las leyes de Dios, en
nombre de las cuales habla. Puede, por consiguiente, llevar a cabo la
función de reinterpretar lo que el ego forja, no mediante la destrucción,
sino mediante el entendimiento. El entendimiento es luz, y la luz
conduce al conocimiento. El Espíritu Santo se encuentra en la luz
porque Él está en ti que eres luz, pero tú desconoces esto. La tarea del
Espíritu Santo consiste, pues, en reinterpretarte a ti en nombre de
Dios.
... el legítimo lugar de la Filiación de Dios. Ésa es tu vida, tu eternidad
y tu Ser. Esto es lo que el Espíritu Santo te recuerda.

El tema del Espíritu Santo (o Jesús) usando símbolos para llevarnos más allá de ellos hacia la verdad, es otro importante tema en nuestro viaje sinfónico. Refleja cómo Un Curso de Milagros integra su metafísica nodualista (las leyes eternas de Dios y Su conocimiento) con pautas para vivir nuestra vida de manera diferente en el mundo perceptual de los símbolos.

Como escucharemos más adelante en la sinfonía que es el texto, el Espíritu Santo lleva el plan de estudios a nuestro mundo cotidiano de relaciones especiales y nos enseña el significado del perdón. Las transforma en aulas de aprendizaje, el medio de nuestro regreso al Cielo que es nuestro Ser. En este sentido, un aspecto esencial de la función del Espíritu Santo es tomar el mundo que fabricamos y cambiar su propósito para que aprendamos que éste no es nuestro hogar. Este es el primer lugar en el texto donde aparece esta importante idea, y la continuamos ahora:

(III.11: 1) El ego construyó el mundo tal como lo percibe, pero el Espíritu Santo – el reinterprete de lo que el ego construyó – ve el mundo como un recurso de enseñanza para llevarte a tu hogar. El mundo del ego es el hogar de la separación y el especialismo, un lugar "donde criaturas hambrientas y sedientas vienen a morir" (L-pII.13.5:1). Sin embargo, Jesús no implica que el mundo sea real, sino simplemente que fabricamos el mundo como un acto de agresión contra Dios (L-pII.3.2:1).

Cuando le pedimos ayuda, nos guía para ver otro propósito que podemos elegir: el mundo como instrumento para recordarnos una decisión que nuestras mentes ya han tomado. Luego están nuestros pensamientos de

ataque y su culpa resultante suavemente deshechos por las lecciones de
perdón del Espíritu Santo, los milagros que nos llevan del infierno que
fabricamos al Cielo que Dios creó para Su Hijo.
(III.11: 2-5) El Espíritu Santo tiene que percibir el tiempo y
reinterpretarlo como eterno. Tiene que llevar a cabo Su labor mediante el
uso de opuestos porque tiene que operar para una mente y con una
mente que está en oposición. Haz todas las correcciones que tengas
que
hacer, procura aprender y mantén una actitud receptiva con respecto
al
aprendizaje. Tú no creaste la verdad, pero la verdad puede todavía
hacerte libre.
Como hemos visto, no se nos pide negar el mundo, el cuerpo o
nuestras
experiencias aquí. No se nos pide negar las guerras que se desatan en
todo
el mundo. Simplemente se nos pide que veamos todo esto de manera
diferente. No nos saltamos los pasos e intentamos saltar a los brazos
del
Cielo, porque el miedo al amor sigue siendo demasiado grande. En
cambio,
necesitamos un sistema de aprendizaje gradual con un paciente
Maestro
Que nos ayudará a ver el mundo del tiempo limitado a través de Sus
ojos
atemporales de perdón, a un ritmo que podamos aceptar sin temor.
Esto
significa que nuestro mundo de opuestos y de conflictos se transforma
lentamente en un mundo en el que percibimos que los Hijos de Dios
son
todos iguales. A través de Un Curso de Milagros, se nos enseña a mirar
más
allá de las formas de separación y diferencias – el hogar de los
opuestos – al
contenido de la igualdad universal del Hijo separado de Dios. Este
reflejo
de la verdad Celestial de la Unidad perfecta da paso suavemente a la
verdad

de nuestro Ser eterno: "una Unicidad unida cual Una sola" (T-25.I.7:1). .
(III.11: 6) Contempla todo tal como el Espíritu Santo lo contempla, y entiende todo tal como Él lo entiende.

"Contempla todo tal como el Espíritu Santo lo contempla" significa ver el

mundo como la proyección de la mente. Jesús nos enseña usar lo que nuestros ojos ven como el medio de regresar a lo que la mente ha elegido.

Este cambio de percepción del mundo a la mente – del ataque corporal a la

culpa de la mente y al perdón del Espíritu Santo – continuará siendo discutido en nuestro viaje a través del texto.

(III.11: 7-9) Su entendimiento evoca a Dios en memoria mía. El Espíritu Santo está siempre en comunión con Dios, y forma parte de ti. Él es tu Guía a la salvación porque recuerda lo pasado y lo que ha de venir, y lo trae al presente.

A continuación, veremos cómo el ego usa el tiempo a través de la culpa, un

concepto brevemente presentado aquí, y que será representado una y otra

vez en nuestra sinfonía. Al traer nuestro pasado "pecaminoso", impulsado

por la culpa y el futuro temeroso al presente del Espíritu Santo (el instante

santo), el sistema de pensamiento del ego se deshace. Por cierto, el lenguaje

de lo anterior es deliberado, llevando al lector a las enseñanzas bíblicas y

Católicas que recuerdan a Jesús a través de la comunión con él en la Misa.

A través del proceso de transubstanciación, el sacerdote consagra el pan y el

vino en el altar, transformándolos en la "Presencia Real" de Jesús – literalmente en su cuerpo y sangre. Los fieles entonces participan en lo que

ha sido transubstanciado y se unen en comunión con Jesús. El canibalismo

de esta actividad debería ser obvio.

(III.11: 10) Él mantiene ese regocijo en tu mente con gran ternura, y sólo te pide que lo incrementes compartiéndolo en Nombre de Dios de

modo que Su júbilo se incremente en ti.
Recuerda de nuestra discusión en el Capítulo 4 que la idea de compartir el amor con los demás se convierte en la esencia del perdón, percibiendo intereses compartidos en lugar de intereses separados. Jesús está apelando a nuestra necesidad egoísta de ser felices, enseñándonos que nuestra alegría aumentará solo cuando permitamos que el pensamiento de mentalidadcorrecta se extienda a través de nuestras mentes para abrazar a los demás.
Nadie puede ser excluido de esta extensión, de lo contrario el pensamiento de separación reforzará continuamente la falta de alegría de nuestra culpa, la defensa contra el aumento natural de la alegría del Cielo.
Dos líneas importantes al comienzo de la primera sección merecen un comentario aquí antes de continuar:
(I.1: 14) ... este mundo es un mundo de ideas ...
(I.2: 4) Todo es una idea.
El título de la obra magna de Artur Schopenhauer, filósofo alemán muy influyente del Siglo XIX, es El mundo como voluntad e idea: el mundo no es un lugar, no hay nada sólido y no es real. Del mismo modo, Jesús dice aquí que "todo es una idea". El mundo, nuestro yo, el Espíritu Santo, Dios – todo son ideas o pensamientos. Ellos existen en la mente/Mente, y no tienen realidad fuera de su fuente. Esta importante enseñanza nos ayuda a no caer en la trampa de creer que el Espíritu Santo o Jesús son personas. Jesús es un símbolo en la mente que puede hablarnos más directamente que un símbolo abstracto como el Espíritu Santo. Representa la elección por la mentalidadcorrecta – lo que significa elegir la Expiación en lugar de la separación del ego – que nos devuelve a nuestro Ser, la Idea que nunca abandonó Su

Fuente, el Dios Que creó a Su Hijo a semejanza de Su propia Perfección.

(III 2: 1-2) El Espíritu Santo es la idea de la curación. Al ser un pensamiento, la idea se expande a medida que se comparte. Jesús señala que las ideas se fortalecen cuando las damos. Cuanto más hablamos de algo, más lo creemos, sea cierto o no. Cuanto más amor extendemos o hemos extendido a través de nosotros, más reforzamos nuestra identificación como criaturas de amor. Del mismo modo, cuanta

más culpa aparente-mente eliminemos proyectándola sobre otros y atacándolos, más culpables nos sentiremos. Si hablamos de ideas de amor o

culpa, éstas se fortalecen a medida que las compartimos, a diferencia de las

cosas materiales, que, si se dan, ya no pertenecen al dador.

Nuevamente,

esto subraya la importancia de concebir todo como una idea o pensamiento,

no tangible en sí mismo.

(III 2: 3-6) Al ser la Llamada a Dios, es asimismo la idea de Dios.

Puesto que tú formas parte de Dios, es también la idea de lo que tú eres,

así como de lo que son todas Sus creaciones. La idea del Espíritu Santo comparte la propiedad de otras ideas porque obedece las leyes del Universo del que forma parte. Se refuerza al compartirse.

Continuaremos en breve con este pasaje cuando discutamos el perdón.

Una

vez más vemos el enfoque de no ver al Espíritu Santo como una persona,

como alguien que interviene en nuestras vidas respondiendo preguntas o

resolviendo problemas. Él es un Pensamiento en la mente. En otra parte del

Curso, al Espíritu Santo se lo conoce como "la Alternativa" (M-5.III.2:6), la

otra opción una vez que hemos decidido por el ego. Dado que el propósito

de elegir al Espíritu Santo o a Jesús como nuestro Maestro es corregir nuestro sistema de pensamiento y aprender, Un Curso de Milagros viene en

un formato de plan de estudios: texto, libro de ejercicios para estudiantes y manual para el maestro. En verdad, es un plan de estudios para desaprender, ya que necesitamos des-aprender lo que el ego nos enseñó sobre Dios, sobre nosotros mismos y el mundo, y discernir la diferencia entre ilusión y realidad, entre ser niños del ego o de Dios, nuestra verdadera Fuente.

Ahora volvemos a dos motivos principales muy importantes: el principio de Expiación, que ahora podemos hacer más específico e identificarlo con el Espíritu Santo y el miedo del ego a la Expiación. Como señalé en el Capítulo 4, es importante ver la centralidad de estos dos temas y con qué frecuencia se repiten a lo largo del texto, aunque con frecuencia en diferentes formas de expresión.

El principio de la Expiación

El principio de la Expiación puede resumirse en esta breve declaración, en el contexto de la metáfora de llevar nuestra culpa y miedo al "Tribunal Superior de Dios". A pesar del vicioso caso del ego contra el Hijo, el Juez desestimaré el caso:

(VI.10: 6) Lo podrás haber planeado a prueba de todo, pero no está a prueba de Dios.

A pesar de que el mito del ego del pecado, la culpa, el miedo y el castigo por la muerte pueden ser convincentes, y dentro de sus propios confines no pueden ser refutados – siendo el cuerpo mortal su testigo más poderoso – permanece totalmente vulnerable a la verdad que está fuera del sueño del ego. El Espíritu Santo es el gentil recordatorio de este conocimiento que permanece en silencio más allá de las mentiras perceptivas del ego: (I.4: 10-11) El conocimiento está listo para fluir a cualquier parte, pero no puede oponerse a nada. Puedes, por consiguiente, obstruirlo, pero jamás perderlo.

Una vez más, el libre albedrío dentro del sueño significa que podemos negar el conocimiento, el sinónimo del Curso para el Cielo, pero eso no puede afectarlo. Del mismo modo, somos libres de negar la Presencia del

Espíritu Santo, pero eso no significa que Él desaparezca. Podemos ahogar

Su bella melodía con los estridentes gritos del ego, la cacofonía del odio a

la que todos nos suscribimos, pero la melodía, no obstante, está ahí.

Esto es

paralelo a mis comentarios sobre Grosse Fuge de Beethoven:

escuchamos la

melodía de la gracia al principio, e incluso aunque se deja de lado, permanece en nuestra memoria. Todos hemos escuchado el himno celestial

del amor que pacientemente espera nuestra elección por la mentalidad correcta. No ha desaparecido, sino que simplemente se ha ido de nuestra

conciencia cuando, en nuestra locura, elegimos olvidarlo.

(II.1: 5) Tu voluntad se encuentra todavía en ti porque Dios la ubicó en tu mente, y aunque puedes mantenerla dormida, no puedes destruirla. Nuestra voluntad es una extensión de la Voluntad de Dios, nuestra realidad

como Cristo o espíritu. Podemos elegir mantenerla enterrada, pero no podemos eliminarla de nuestras mentes ya que permanecemos unidos en la

única Voluntad que Dios creó como Él Mismo.

(II.7: 13-14) En realidad no puedes perderla [nuestra alma], pero puedes no conocerla. Por lo tanto, te parecerá que la has "perdido" hasta que elijas correctamente.

"Alma" aquí es sinónimo de espíritu. "Perdido" está entre comillas porque

en verdad no hemos perdido nuestra alma; nosotros simplemente no sabemos dónde encontrarla, ya que – automáticamente – miramos al mundo, donde no está. A pesar de nuestras percepciones erróneas, el amor

permanece, su canción suena suavemente en la mente sin importar nuestro

grado de malestar o de dolor.

(II.8: 3) Él es el último nexo de comunicación que te queda con Dios,

comunicación que puedes interrumpir, pero no destruir.
Podemos interrumpir la Presencia del Espíritu Santo ahogándola en nuestra
decisión por el ego y su mundo, pero no podemos destruirla. Este es otro
reflejo del principio de Expiación: la separación nunca sucedió y el Amor
de Dios no se ve afectado por nada más que por Sí Mismo. En otras palabras, el sistema de pensamiento del ego que se basa únicamente en el
miedo, el opuesto ilusorio del amor, no ha cambiado la verdad de la Expiación:
(IV.1: 1,4-10) Lo que el miedo ha ocultado sigue siendo parte de ti. ... La verdad está más allá de tu capacidad para destruir; aceptarla, en cambio, está enteramente a tu alcance. Te pertenece porque, al ser tú una extensión de Dios, la creaste junto con Él. Es tuya porque forma parte de ti, tal como tú formas parte de Dios porque Él te creó. Nada que sea bueno se puede perder, pues procede del Espíritu Santo, la Voz
que habla en favor de la creación. Nada que no sea bueno fue creado jamás, y, por lo tanto, no puede ser protegido. La Expiación garantiza la seguridad del Reino, y la unión de la Filiación lo protege. El ego no puede prevalecer contra el Reino porque la Filiación está unida. Estamos siempre a salvo de las mentiras del ego; la unidad del único Hijo
de Dios no puede verse comprometida por las pesadillas de separación. Lo
que se pierde es solo nuestra conciencia de la verdad, no la verdad misma,
que, metafóricamente hablando, el Espíritu Santo la guarda en custodia para
nosotros. Cada ilusión, al contrario, no es real, no existe y ni puede tener
efecto sobre la realidad. De nuevo, el aparente poder del ego no puede superar la simple verdad de la Expiación: el sistema de pensamiento de
separación, fragmentación y especialismo nunca ha cambiado la Unidad de
la creación de Dios.
(V.6: 12-13) ... cuando no piensas con Dios, en realidad no estás

pensando en absoluto. Las ideas ilusorias no son pensamientos reales, si bien puedes creer en ellas.

Esta es la respuesta del Espíritu Santo al ego y a nosotros que creemos en él: "Tú eres libre de creer cualquier locura que desees, pero eso no la hace realidad. Tener pensamientos no los hace reales". Para nuestros egos, estas importantes palabras son extremadamente amenazantes, si no completamente insultantes; así como para la mente correcta son el mayor consuelo. Nuestros pensamientos más destructivos no son ciertos: "Las ideas ilusorias no son pensamientos reales, si bien puedes creer en ellas".

Todos sabemos lo intensamente que podemos colocar nuestra fe en la locura y creer que es verdad, pero el hecho de que lo hagamos, o lo hacen seis mil millones de personas, no hace que la locura sea menos irreal. Simplemente significa que hay miles de millones de pensadores delirantes en el mundo.

(VI.3: 1) Acuérdate siempre del Reino, y recuerda que tú que formas parte de él, jamás te puedes perder.

Nuevamente, creemos que perdimos el Reino, y en nuestra locura proyectada creemos que nos lo roba-ron. Sin embargo, el hecho es que no ha pasado nada. Permanecemos para siempre tal como Dios nos creó.

(VII.1: 1-2) ¿Crees realmente que puedes fabricar una voz que pueda ahogar a la de Dios? ¿Crees realmente que puedes inventar un sistema de pensamiento que te pueda separar de Él?

Nuestra locura es que creemos que podemos. La buena noticia es que fabricamos una voz que solo parece ahogar a la de Dios. Por el momento, por mucho tiempo que dure, es posible que no escuchemos la Voz de Dios, sino solo Su melodía que siempre está ahí en nuestras mentes. Del mismo

modo, podemos pensar realmente que nuestro sistema de pensamiento de separación es el auténtico sustituto de la Unidad perfecta del Cielo, y que ese especialismo es la respuesta consumada a la Expiación, pero la verdad no se ve afectada por la ilusión y sigue siendo lo que es. No obstante, el ego nos tiene convencidos de que la canción olvidada está más allá de la recuperación, que la separación eliminó la Unidad viviente de Dios, y que el mundo ha reemplazado al Cielo. Hemos mantenido este sistema de pensamiento de mentiras por temor al principio de Expiación, el próximo tema principal que consideramos.

El miedo del ego al principio de Expiación (II.3: 1-2) Tanto la separación como el principio que gobierna la Expiación dieron comienzo simultáneamente. Cuando el ego fue engendrado, Dios puso en la mente la Llamada al júbilo. Estrictamente hablando, por supuesto, Dios no hizo tal cosa. Si Dios hubiese puesto en la mente dividida la Llamada al júbilo como respuesta a la creencia en la separación, estaría percibiendo una ilusión y creyendo locamente que es real. La buena noticia es que nuestro Creador no hizo nada; "No tengo que hacer nada" (T-18.VII) se aplica a Dios también. Él no necesita hacer nada porque no pasó nada y, por lo tanto, no hay que hacer nada. Por otro lado, el Dios bíblico, el dios del ego, ciertamente hace algo porque no tuvo elección, como las leyes del caos nos lo dirán más adelante (T-23.II.5-6).

¿Por qué, entonces, Jesús dice que Dios creó el Espíritu Santo y lo colocó en nuestras mentes? Porque él nos habla en un nivel que podemos entender. El ego, que siempre habla primero, nos ha dicho que el Espíritu Santo, el

ejército vengativo del General en el Cielo, nos capturará y nos llevará de vuelta al Dios colérico, empeñado en nuestra destrucción. Este mito del ego nos saca de nuestras mentes – literal y figurati-vamente – y da como resultado la creación del mundo. Jesús usa el mismo mito y cambia el significado de sus símbolos. En lugar de que Dios ponga al Espíritu Santo en nuestras mentes para capturarnos, Él es colocado allí para corregir, sanar y llevarnos suavemente a casa; no para eliminar al Hijo pecador de Dios, sino para recordarle que él es parte de la unidad eterna del amor. Es el mismo mito, pero con un resultado diferente, y se nos advierte que no confundamos el símbolo con la fuente (T-19.IV-C.11:2), la forma con el contenido.

(II.3: 3) Esta Llamada es tan poderosa que el ego siempre se desvanece ante su sonido.

Esta es una reafirmación del problema del ego. El ego sabe que, si el Hijo elige escuchar la Voz del Espíritu Santo, desaparecerá en su propia nada.

Como hemos visto, ya que el ego nos ha prometido una existencia individual, compartimos su temor al Espíritu Santo. Por eso tenemos miedo de escuchar Su Voz. Sin embargo, no tenemos miedo de escuchar el espíritu santo del ego, el que se une a nuestro lado para derrotar a los paganos, infieles y malhechores; quien arregla cosas para nosotros en el mundo; y quien conoce nuestra existencia individual como real. Realmente no le tememos a él ni al Jesús del mundo, pero estamos aterrorizados ante la verdadera Voz y ante el mensajero de Dios porque representan una elección que deshace fundamentalmente de la existencia del ego. Por lo tanto, nos

esforzamos continuamente por negar al Espíritu Santo y a Su Expiación, asegurando nuestra protección mediante el establecimiento de la falta de mente en la que no hay posibilidad de recordar la mente tomadora de decisiones que inevitablemente elegiría corregir su anterior decisión por el ego.

(II.3: 4-5) Por eso es por lo que tienes que elegir escuchar una de las dos voces que hay dentro de ti. Una, la inventaste tú, y no forma parte de Dios.

No nos gusta escuchar esto, por eso la Biblia ha sido el libro más popular del mundo Occidental: él enseña que Dios nos ha creado como cuerpos individuales. Por el contrario, este curso dice: "Una [voz], la inventaste tú,

y no forma parte de Dios". Porque la voz del ego es la fuente de nuestra existencia individual, amamos a su dios que toma nota de nosotros. Incluso

aunque nos destruya, hay un "nosotros" que él ha destruido.

(II.3: 6) La otra te la dio Dios, Quien sólo te pide que la escuches. Volveremos de inmediato a esta idea de escuchar al Espíritu Santo, la Voz

que Dios "dio" al Hijo durmiente para despertarlo de su sueño de separación, y para que pueda regresar al hogar que realmente nunca abandonó.

(II.4: 3) Suya es la gloria ante la cual la disociación desaparece y el Reino de los Cielos pasa a ocupar el lugar que le corresponde.

La disociación es la dinámica psicológica de tomar dos pensamientos o sistemas de pensamientos mutuamente excluyentes, y separarlos uno de

otro para que puedan coexistir. Como se ve en la tabla, separamos el ego del

Espíritu Santo y enterramos la mente correcta debajo de la mente errada, y

ya no somos conscientes de su presencia sanadora. Sin embargo, somos

conscientes de la mente errada que, una vez proyectada, fabrica el mundo.

Es esta disociación del principio de Expiación del Espíritu Santo lo que permite que el ego prospere. Por eso, nuevamente, tenemos tanto miedo de

conocer la gloria del Espíritu Santo, porque la disociación terminaría instantáneamente con ese reconocimiento. Cuando traemos la oscuridad del

sistema de pensamiento del ego a la luz de la Expiación, la oscuridad desaparece forzosa-mente. Esto también significa que nuestra identidad,

enraizada en la oscuridad, también desaparecería.

(II.5: 3-4) Al escoger una, renuncias a la otra. Elegir al Espíritu Santo es elegir a Dios.

Este es el problema. Si elegimos el Espíritu Santo, estamos eligiendo contra

el ego, lo que significa que estamos eligiendo en contra de nuestra existencia individual. No es de extrañar que temamos Su Amor. Ya que el

ego y el Espíritu Santo son sistemas de pensamiento mutuamente excluyentes – irreconciliables e incomprensibles entre sí – y elegir uno significa que el otro deja de existir en nuestra conciencia:

(III.6: 1-4) He subrayado repetidamente que uno de los niveles de la mente no es comprensible para el otro. Lo mismo ocurre con el ego y el

Espíritu Santo; con el tiempo y la eternidad. La eternidad es una idea de Dios, por lo tanto, el Espíritu Santo la comprende perfectamente. El tiempo es una creencia del ego, por lo tanto, la mente inferior – el dominio del ego – la acepta sin reservas.

Esta es otra forma de articular el hecho importante de que Dios no sabe y no

puede saber acerca del ego. Como el tiempo está fuera de la verdad de la

eternidad, el Eterno no puede conocerlo sin comprometer su naturaleza

perfecta. El ego, por otro lado, solo conoce el mundo del tiempo, porque

este protege a su sistema de pensamiento de mentalidad-errada de pecado,

culpa y miedo.

(III.8: 6-8) Esta visión atemoriza al ego por ser tan serena. La paz es el mayor enemigo del ego porque, de acuerdo con su interpretación de la

realidad, la guerra es la garantía de su propia supervivencia. El ego se hace más fuerte en la lucha.

Esto explica nuestro amor por luchar entre nosotros, ya sea que lo hagamos

en un campo de batalla o en un campo de deportes. Amamos la batalla porque fortalece nuestros egos. Recordemos que el ego comenzó con el

pensamiento colectivo de que estábamos en guerra con Dios, y esta locura

continúa a lo largo de nuestras vidas individuales. La visión de la Expiación, la Unidad indivisa con la Filiación y nuestra Fuente, genera terror en el ego, por eso trata de protegerse al convencernos de que la salvación radica en el conflicto continuo y en la guerra.

(III.10: 4) A pesar de los intentos del ego por ocultarla [la visión del Espíritu Santo], esa parte es todavía mucho más poderosa que el ego, si

bien éste no la reconoce.

Entendemos que el ego no sabe acerca del Espíritu Santo, pero teme a un

poder más fuerte que el suyo, que puede elegir en contra de él.

Aunque el

pasaje anterior sugiere que la mente correcta es este poder, en realidad es el

tomador de decisiones de la mente quien es la verdadera fuente de fortaleza,

ya que solo él puede elegir a la mente correcta que termina el reinado del

ego. Y cuando hacemos la elección correcta, nuestra identificación con la

Voz de Expiación del Espíritu Santo, ésta se convierte en el mayor temor

del ego, que busca evitarla de todas las maneras posibles.

(IV.1: 11) En presencia de aquellos que oyen la exhortación del Espíritu Santo a ser uno, el ego se desvanece y queda des-hecho.

Jesús, nuestro mayor símbolo de la Expiación, no es amigo del ego, porque

expone al máximo su mentira fundamental: que existe por sí mismo, sin que

el tomador de decisiones crea en él. Cuando nuestras mentes eligen

finalmente en favor de escuchar la Voz que habla por la verdad, el ego no

puede sino desvanecerse en su propia nada.

(IV.2: 1-3,7) Lo que el ego forja se lo guarda para sí, y, por lo tanto, carece de fuerza. Su existencia no se puede compartir. No muere; simplemente nunca nació. ... Y he venido a sentar las bases para que tus propios pensamientos puedan hacerte verdaderamente libre.

El ego fabrica ilusiones, y dado que las ideas no abandonan su fuente, nunca abandonan la mente loca que las concibió en su debilidad. No comparten nada porque no son nada. A pesar de este hecho de salvación,

tienen el poder de retenernos en la prisión de separación mientras la mente

les dé ese poder. Dentro de esa misma mente, sin embargo, están los pensamientos que nos liberan. Estos son los sanadores pensamientos de

Expiación que nos recuerdan:

(IV.3: 4) El ego puede mantenerte exiliado del Reino, pero en el Reino en sí el ego no tiene ningún poder.

Podemos ver la frecuencia con la que esta idea se repite, revelando cuán

fuertemente el compositor de esta sinfonía se siente atraído a ella. De hecho, los temas de la Expiación y el miedo del ego a ella vuelven una y

otra vez, y es importante apreciar su significado. Nuestras propias vidas

descansan sobre ellos. Para proteger este miedo es que nacemos, y es el por

qué luchamos hasta la muerte para mantener nuestra individualidad, ya sea

para mantener la supremacía de un grupo religioso, político, nacional o racial, o nuestra identidad corporal. Nosotros estamos aterrorizados por la

no-especificidad y por la naturaleza abstracta del Amor de Dios, y este temor es la razón por la cual, aun siendo tan dedicados y devotos como

podemos ser a este curso, todavía tenemos problemas para vivirlo. No somos malvados o pecaminosos; simplemente estamos asustados del amor

al que nuestras mentes correctas anhelan volver. Esta es la razón por la que

el ego nos hace creer que tiene poder; un poder del que tenemos que huir

haciendo un mundo y viviendo allí como cuerpos sin mente.

(V.4: 10-12) El ego no percibe el pecado como una falta de amor, sino como un decidido acto de agresión. Esto es necesario para su supervivencia porque, tan pronto como consideres que el pecado es una

insuficiencia, tratarás automáticamente de remediar la situación. Y lo lograrás.

La forma de remediar la situación de carencia, provocada por la creencia en

el pecado, es elegir la abundancia del amor; en otras palabras, aceptar la

Expiación del Espíritu Santo aprendiendo las lecciones de perdón de Jesús.

Como es solo la mente la que puede elegir, habiendo elegido primero el

pecado como su realidad, el remedio que Jesús nos ofrece es el milagro que

devuelve nuestra atención a la mente – el viaje de la falta de mente a la

mente plena – para que podamos elegir la inocencia de Cristo sobre el pecado de separación del ego.

(V.4: 13) Para el ego eso es la perdición, pero tú tienes que aprender a verlo como tu emancipación.

Un tema principal de este curso es terminar nuestra identificación con el

ego. Es por eso que el concepto de un tomador de decisiones es muy importante. Aprendemos a identificarnos con la parte tomadora de decisiones de nuestras mentes en lugar de con el ego, con el que nos habíamos identificado previamente. Para el ego, la abundancia del Amor de

Dios es una fatalidad, su fin. Por lo tanto, siempre que nos identifiquemos

con el sistema de pensamiento de escasez y especialismo, estaremos aterrorizados por el amor y por Aquel Que lo enseña, incluidos los maestros

externos que lo representan a Él para nosotros. Necesitamos cambiar

nuestra identidad del yo ego al yo tomador de decisiones, el soñador del
sueño que ahora puede elegir la libertad de la Expiación como su
camino a
casa.

(V.5: 9) El ego trata de usurpar todas las funciones de Dios tal como las
percibe [Dios como figura condenatoria y salvadora] porque reconoce
que sólo se puede confiar en una lealtad absoluta.

Mientras olvidemos que tenemos una mente, el ego tiene nuestra
lealtad

total. Cuando elegimos el ego sobre el Espíritu Santo, lo elegimos
totalmente. El miedo del ego, como sabemos, es a que cambiemos
nuestras

mentes, pero cuando aceptamos nuestra falta de mente – haber
creado un

cuerpo y un mundo en el que creemos que hemos nacido – afirmamos
nuestra lealtad a él. Esto nos ayuda a ver que cuando damos los
primeros

pasos para permitir que Jesús sea nuestro maestro, mirando al mundo
a

través de sus ojos de perdón para ver la primacía del contenido sobre
la

forma, el ego contraataca con venganza. Nos acusa de traición porque
solo

reconoce una lealtad total. Cualquier otra cosa es pecado, y por su
miedo a

la disolución, castiga a los pecadores sin piedad para mantenerlos
separados

como victimarios culpables.

(VII.3: 4-6) El último recurso desesperado del ego en defensa de su
propia existencia es excluirte de la Expiación. Ello refleja a la vez la
necesidad del ego de mantenerse separado, y el hecho de que tú estás
dispuesto a ponerte de parte de la separación por la que él aboga. El
hecho de que estés dispuesto a ello significa que no quieres sanar.

El acto mismo de nuestro nacimiento dice que no queremos ser
sanados. El

ego protege su existencia excluyendo la parte tomadora de decisiones
de

nuestras mentes de la Expiación, como se indica en el cuadro por la
línea

punteada entre los cuadros de la mentalidad-errada y el de la mentalidad correcta. Esta línea es como un muro sólido para el ego, como si hubiera

descendido una cortina de hierro que nos impide ver la luz brillante del Espíritu Santo o escuchar Su hermosa canción. Esta división representa nuestra decisión continua de estar separados, y una parte esencial de la

estrategia del ego que aparentemente asegura su supervivencia es la creencia del Hijo en la realidad de culpa. Esto apoya la locura de la separación y el pecado, y pone en marcha la necesidad de que el Hijo escape de la inevitabilidad del castigo proyectando su yo pecaminoso, culpable y temeroso en un cuerpo – el suyo y el de otro.

Culpa

Una de las principales armas del ego en su guerra contra Dios, y específicamente en su guerra contra nuestro elegir a Dios es la culpa.

Este

capítulo nos presenta este concepto con una sección completa dedicada a él.

("El uso que el ego hace de la culpabilidad"), pero el tema se deja de lado

después de esta hasta su próximo tratamiento completo en el Capítulo 13.

Se discute aquí cómo el ego usa la culpabilidad para preservar la creencia

en el pecado. La culpa dice que nosotros hemos pecado, y debido a nuestro

pecado merecemos ser castigados, demostrando que el ego separado es real.

(V.2: 8-12) Si el ego es el símbolo de la separación, es también el símbolo de la culpabilidad. La culpabilidad es más que simplemente algo ajeno a Dios. Es el símbolo del ataque contra Dios. Este concepto no tiene ningún sentido, excepto para el ego, pero no subestimes el poder que el ego le aporta al creer en él. Ésta es la creencia de donde procede toda culpabilidad.

La culpa, entonces, refuerza nuestra creencia en el pecado, la creencia de

que atacamos a Dios al separarnos de Él. Por más demente que este pensamiento pueda ser, todavía creemos en él porque nos gusta ser un ego.

Este aspecto de nuestra mente dividida agradece cualquier idea que respalde

su sistema de pensamiento de separación y ataque, como ahora leemos:

(V.3: 1-6) El ego es la parte de la mente que cree en la división. ¿Cómo iba a poder una parte de Dios separarse de Él sin creer que lo está atacando? Hablamos anteriormente del problema de la autoridad y dijimos que se basa en el concepto de que es posible usurpar el poder de Dios. El ego cree que eso es lo que tú hiciste porque cree que tú eres

él. Si te identificas con el ego, no podrás sino percibirte a ti mismo como

culpable. Siempre que le hagas caso al ego experimentarás culpabilidad y temerás ser castigado.

Esta es la constelación ahora familiar de pecado-culpa-miedo, el corazón

del sistema de pensamiento de separación del ego: el pecado de creer que

atacamos a Dios usurpando Su lugar en el trono de la creación, el problema

de la autoridad central; la culpa que nos dice que lo que hicimos fue terrible; y el miedo al castigo que tememos sufrir como resultado.

(V.3: 7-11) El ego es literalmente un pensamiento atemorizante. Por muy ridícula que sea para una mente sana la idea de atacar a Dios, nunca olvides que el ego es demente. Representa un sistema de conceptos ilusorios y habla en su nombre. Hacerle caso a la voz del ego

significa que crees que es posible atacar a Dios, y que has arrancado una parte de Él y te has apoderado de ella. De ahí, procede el miedo a las represalias externas, ya que el sentimiento de culpabilidad es tan intenso que tiene que ser proyectado.

Habiendo proyectado nuestra culpa, creemos que otros nos castigarán y

olvidando que su culpa es la nuestra, inevitablemente creemos que su castigo hacia nosotros es pecaminoso. Cada país que ataca a otro, por ejemplo, cree que nunca realiza el primer ataque: "¡Claro que te bombardeamos, pero tú pecaste primero!" Vamos y venimos con este juego

vicioso de culpa, y nadie reconoce que todos lo hicimos primero porque

todos pecamos juntos. Fragmentar y luego proyectar nuestro yo pecaminoso resultó en una demente creencia mágica de que la otra parte lo hizo, no nosotros. Cada guerra o batalla – individual o colectiva – que alguna vez se haya peleado, se pelee ahora, y se peleará en el futuro es parte de esta misma locura; una locura que nunca podrá terminar a menos que nos elevemos por encima del campo de batalla de la culpa y el ataque y elijamos la inocencia de Cristo en lugar del Hijo culpable y pecador. (V.5: 4-8) Dije antes que la enfermedad es una forma de magia [T-2.IV]. Quizá sería mejor decir que es una forma de solución mágica. El ego cree que castigándose a sí mismo mitigará el castigo de Dios. Más incluso en esto es arrogante. Le atribuye a Dios la intención de castigar, y luego adopta esa intención como su propia prerrogativa. Jesús nos está enseñando que elegir enfermarnos es un intento mágico de resolver el problema de la ira de Dios. Su arrogancia le dice a Dios: “Por favor, no te preocupes por castigarme; yo cuidaré de mí mismo. ¿Ves lo enfermo que estoy y cómo sufro? Esa es mi expiación por mi pecado contra ti”. La arrogancia yace en atribuirle primero a Dios el papel de vengador iracundo, y luego se lo quitamos declarando que nosotros nos castigaremos a nosotros mismos, en lugar de que Él nos castigue. La demente esperanza es que Dios sea tan tonto que al final Él no nos destruya, sino que se apiade de nosotros. Nuestro odio especial se convierte en amor especial, y nosotros, siempre arrogantes, le pedimos a Dios que alivie el sufrimiento que elegimos como defensa contra Él. Sin embargo, este loco plan no funciona ya que esta usurpación del papel de Dios nos recuerda nuestra usurpación original, cuando creímos que le robábamos a Él el papel de Dios

como Creador, sustituyendo con las creaciones erróneas del ego de un yo y del mundo, a Su gloriosa creación del Ser de Cristo. Nuestra culpa entonces se recicla continuamente, y el sufrimiento, no la paz, se convierte en nuestro destino justificado.

Huelga decir que este pensamiento es muy desordenado, ya que se ha apartado de la Unidad ordenada de la perfección de Dios. La culpa solo puede derivarse de un pensamiento irracional, como leemos ahora: (V.7: 1-6) El pensamiento irracional es pensamiento desordenado. Dios Mismo pone orden en tu pensamiento porque tu pensamiento fue creado por Él. Los sentimientos de culpabilidad son siempre señal de que desconoces esto. Muestran asimismo que crees que puedes pensar

separado de Dios, y que deseas hacerlo. Todo pensamiento desordenado

va acompañado de culpabilidad desde su concepción, y mantiene su continuidad gracias a ella. La culpabilidad es ineludible para aquellos que creen que son ellos los que ordenan sus propios pensamientos, y que, por lo tanto, tienen que obedecer sus dictados.

La culpa es la consecuencia inevitable de elegir el desorden del ego sobre el

orden perfecto de Dios: la unidad de Padre e Hijo. En consecuencia, nos

vemos obligados a buscar continuamente la culpa, en los demás y en nosotros mismos, con el propósito de preservar el sistema de pensamiento

desordenado de separación del ego:

(V.8: 1-3) La continua decisión de permanecer separado es la única razón posible de que siga habiendo sentimientos de culpabilidad.

Hemos dicho esto antes, pero no subrayamos los resultados destructivos

de tal decisión. Cualquier decisión de la mente afecta tanto al comportamiento como a la experiencia.

La decisión de la mente por la culpa solo puede provocar dolor. Esto nos

lleva a proyectar la culpa desesperadamente tratando de escapar de sus

garras cubiertas de muerte, pero esa locura mágica simplemente refuerza el pensamiento desordenado y refleja su sufrimiento en nuestra experiencia corporal. El único escape significativo de este círculo vicioso es cambiar la decisión destructiva de nuestra mente. Este tema crucial es el corazón de las enseñanzas de Jesús en Un Curso de Milagros, y el tema de nuestra próxima sección.

La decisión de perdonar

Estamos en el lugar del mito del ego donde el ego ha tenido miedo de la

Expiación y hace su máximo esfuerzo por ahogar la tranquila y pequeña

Voz del Espíritu Santo inventando culpa, y justificándola con nuestra creencia en el pecado que exige que seamos castigados. Esto requiere que

abandonemos la mente, donde Dios supuestamente nos encontraría y destruiría, para hacer un mundo y un cuerpo. Podemos reconocer en esto el

doble escudo del olvido del que Jesús habla en otra parte (L-pl.136.1-5): la

suave melodía del Espíritu Santo es ahogada por la historia de pecado, culpa y miedo del ego, que a su vez es velada por el mundo, los dos escudos

son el sistema de pensamiento de culpa de la mente, y el mundo de culpa

proyectado que le sigue. En algún punto nos damos cuenta de que tiene que

haber otra manera y que existe una verdadera elección. Esto nos lleva a otro

tema importante, destacado en este capítulo: el significado de decidir por el

perdón del Espíritu Santo.

(II.3: 7-10) El Espíritu Santo se encuentra en ti en un sentido muy literal. Suya es la Voz que te llama a retornar a donde estabas antes y a

donde estarás de nuevo. Aun en este mundo es posible oír sólo esa Voz y

ninguna otra. Ello requiere esfuerzo, así como un gran deseo de aprender.

Encontramos aquí un uso interesante de la frase "gran deseo [gran dosis de

buena voluntad]", porque Jesús típicamente habla de una "Pequeña dosis de

buena voluntad" (T-18.IV). Este concepto también se puede ver en otra parte del Curso; ver, por ejemplo, el manual donde se usa la frase "una gran

dosis de buena voluntad" (M-17.8:4). Jesús nos está diciendo que volvernos

conscientes – de donde estábamos antes y de donde volveremos a estar –

requiere mucho trabajo y todos los que estudian Un Curso de Milagros reconocen que esto no es algo que hacemos de una vez. El proceso de perdón requiere dedicación día-tras-día para superar la resistencia a perder

nuestro ser especial; en otras palabras, requiere una gran dosis de buena voluntad.

(II.3: 11) Ésa es la última lección que yo aprendí, y los Hijos de Dios gozan de la misma igualdad como alumnos que como Hijos.

El hecho de que Jesús aprendió la lección significa que nosotros también

podemos aprenderla, porque el Hijo de Dios es uno: una mente singular,

aunque fragmentada en un número casi infinito de formas, que tiene el poder para elegir el Cielo o la tierra, la Expiación o la separación.

(II.6: 1) El Espíritu Santo te insta tanto a recordar como a olvidar.

Por Su propia Presencia en nuestras mentes correctas, el Espíritu Santo nos

llama a olvidar el sistema de pensamiento del ego que nosotros hemos elegido y hecho realidad, y a recordar al Dios Que nos creó, a Quien, en

nuestro pensamiento delirante creemos que atacamos y abandonamos.

(II.6: 2) Has elegido estar en un estado de oposición en el que los opuestos son posibles.

Esta es una puesta en escena de la palabra opuesto. Estamos en un estado de oposición porque creemos que hicimos un mundo de opuestos en el que estamos en guerra con Dios y, en consecuencia, con todos los demás. Como homo sapiens, tenemos esta inherente e insaciable necesidad de atacar y estar constantemente en conflicto, recordando la guerra original que resulta en nuestra recreación continua de la batalla ontológica con Dios. Ahí están los que recrean la Guerra Civil todos los años, y en cierto sentido, recreamos la guerra civil original con cada guerra que luchamos, como personas y como especie. (II.6: 3; V.6: 6-8) Como resultado de ello, hay ciertas decisiones que tienes que tomar. ... El Espíritu Santo, al igual que el ego, es una elección que uno hace. Ambos constituyen las únicas alternativas que la mente puede aceptar y obedecer. El Espíritu Santo y el ego son las únicas opciones que tienes. Hay dos opciones, el ego y el Espíritu Santo, porque creamos un mundo de opuestos en el que la ilusión de la decisión es nuestra única esperanza. Por supuesto, no hay opciones en el Cielo, donde solo existe Dios y Su Unidad indiferenciada, pero en nuestro sueño de separación podemos elegir permanecer dormidos a través del juicio y del ataque, o despertar a través de la práctica del perdón. (II.6: 4) En el estado de santidad la voluntad es libre, de modo que su poder creativo es ilimitado y elegir no tiene sentido. Recuerda que decir que la voluntad es libre es diferente del concepto de libre albedrío, que solo tiene significado dentro de la ilusión donde somos libres de elegir entre dos voces. En el Cielo, nuestra voluntad es libre porque no puede ser limitada o restringida. La Voluntad de Dios es

eternamente libre para ser ella misma, para extenderse o crear su Unidad

perfecta. ¿Qué habría entonces para elegir?

(II.6: 5) El poder de elegir es el mismo poder que el de crear, pero su aplicación es diferente.

Ambos están dentro de la mente, pero la libertad de elegir dentro de la mente dividida (dualidad) es una distorsión de la libertad de crear, que pertenece solo a la Mente de Dios o de Cristo (no-dualidad).

(II.6: 6-9) Elegir implica que la mente está dividida. El Espíritu Santo es una de las alternativas que puedes elegir. Dios no dejó a Sus Hijos desconsolados a pesar de que ellos decidieron abandonarlo. La voz que ellos pusieron en sus mentes no era la Voz de Su Voluntad, en favor de la cual habla el Espíritu Santo.

Ten en cuenta la primera declaración definitiva de esta idea. La importancia

de saber que podemos elegir entre estas dos voces es que realmente no

podemos saber que tenemos una opción hasta que sepamos que tenemos

una mente. A pesar de que puede no estar claro para nosotros en este momento que Jesús está hablando sobre y para la mente, está claro que

habla de elección, la cual solo puede tener sentido en el contexto de la mente tomadora de decisiones.

(II.8: 1-2,5) El Espíritu Santo es tu Guía a la hora de elegir. Reside en la parte de tu mente [la mente correcta] que siempre habla en favor de la elección correcta porque habla por Dios. ... Tanto el Cielo como la tierra están en ti porque la llamada de ambos está en tu mente.

Jesús nos presenta la estructura de la mente dividida: la voz del ego (es

decir, la tierra) y la Voz del Espíritu Santo (es decir, el Cielo). A pesar de

que nunca usa el término tomador de decisiones en el Curso (excepto una

vez en un contexto diferente - M-5.II.1:7), obviamente está implícito en todas partes, porque Jesús continuamente nos insta a elegir. La parte de la

mente que debe elegir entre estas dos voces es lo que llamamos el tomador

de decisiones.

(II.8: 6-7) La Voz de Dios procede de los altares que le has erigido a Él. Estos altares no son objetos; son devociones.

Mientras usa el término familiar altar, Jesús explica que los altares no son

objetos externos. Representan al tomador de decisiones de la mente que

elige si adorar en el altar del ego, que en otro pasaje se describe como uno

de donde fluye la sangre, o en el altar del Espíritu Santo, sembrado con azucenas de perdón (L-pll.12.4:2-5:1). Es nuestra elección a qué voz prometemos nuestra devoción, o en la que ponemos nuestra fe.

(II.8: 8-12) Sin embargo, ahora tienes otras devociones. Tu devoción dividida te ha dado dos voces, y ahora tienes que elegir en cuál de los dos altares quieres servir. La llamada que contestas ahora es una evaluación porque se trata de una decisión. La decisión es muy simple. Se toma sobre la base de qué llamada es más importante para ti.

Piensa en nuestra discusión en el Capítulo 4, donde Jesús habló de las recompensas de elegirlo versus el castigo por elegir el ego. Como nuestro

maestro, nos está instruyendo que la elección por el Espíritu Santo vale más

para nosotros que la elección por el ego. El primero nos hace sumamente

felices, y el este último nos deja en un estado de dolor continuo. Como no

sabemos la diferencia entre dolor y dicha (como veremos en el Capítulo 7),

Jesús explica que cuando nos acercamos a una persona, y vemos intereses

compartidos en lugar de intereses separados, nos sentimos mejor. Cuando

nos alejamos a través de nuestros pensamientos de ataque y juicios, nos

sentimos peor. El perdón, por lo tanto, nos trae paz, mientras que el especialismo nos trae conflicto. Jesús continuamente nos llama a elegir la

Voz que habla por la esperanza, recordándonos que la voz del ego no tiene

poder sobre la verdad, porque ¿qué podría vencer la Voluntad de Dios?

(VII.1) ¿Crees realmente que puedes fabricar una voz que pueda

ahogar a la de Dios? ¿Crees real-mente que puedes inventar un sistema de pensamiento que te pueda separar de Él? ¿Crees realmente que puedes encargarte de tu seguridad y de tu dicha mejor que Él? No tienes que ser cuidadoso ni descuidado; necesitas simplemente echar sobre Sus Hombros toda angustia, pues Él cuida de ti. Él cuida de ti porque te ama. Su Voz te recuerda continuamente que tienes motivos para sentirte esperanzado debido a que estás a Su cuidado. No pues elegir excluirte de Su cuidado porque ésa no es Su Voluntad, pero puedes elegir aceptar Su cuidado y usar el poder infinito de éste en beneficio de todos los que Él creó mediante él.

¿Por qué, entonces, Jesús pregunta, dada la evidente imposibilidad de las

premisas del ego, persistimos en escuchar sus llamadas ilusorias de locura

cuando el Llamado a la cordura y la verdad están ahí para nuestra elección?

Y dos párrafos después, Jesús vuelve a la misma pregunta, rogándonos que

escuchemos:

(VII.3: 1-3) ¿Por qué prestarle atención a las continuas y dementes exigencias que crees que se te hacen, cuando puedes saber que la Voz que habla por Dios se encuentra en ti? Dios te encomendó Su Espíritu, y te pide que tú le encomiendes el tuyo. Su Voluntad dispone que éste permanezca en perfecta paz porque tú eres de una misma mente y de un mismo espíritu con Él.

La unidad inherente del Hijo de Dios nos asegura que nuestro loco sistema

de pensamiento de separación no pueda tener efecto verdadero, y, por lo

tanto, que nuestra mente correcta, el hogar de la Voz de Dios, permanece en

paz. Solo en la locura pensaríamos en ignorar el Llamado del Espíritu Santo

para despertar del sueño, y Jesús nos insta a regresar del mundo loco del

ego a su mundo cuerdo del milagro, y desde allí recordar nuestra realidad

como espíritu, el Hijo que Dios creó como Su Ser.

Lo que nos permite regresar a Dios, nuestra Fuente, es nuestra decisión de perdonar, y uno de los más importantes pasajes al respecto aparecen al final del Capítulo 5. Establece claramente el significado de la decisión, y sin usar el término, describe el proceso del perdón. De nuevo, mientras que el perdón no es realmente discutido aquí, se refleja como un pequeño toque de melodía. Este muy importante tema del perdón será más desarrollado a medida que se desarrolla nuestra sinfonía. Aquí está el pasaje: (VII.5: 1) Siempre que no te sientes completamente dichoso es porque has reaccionado sin amor ante una de las creaciones de Dios. Cuando estamos en un estado de infelicidad o inquietud, es solo porque hemos retenido el amor hacia alguien. Nuestra molestia no se debe a razones en las que normalmente pensamos, tales como: "Has sido poco amoroso y por eso no soy feliz". La verdadera razón es que hemos sido poco amorosos. Nuestra culpa por este "pecado" es enorme porque refleja la retención original del amor de Dios, y no podemos hacer nada más con esta culpa que negarla y proyectarla, acusando a otros de nuestro pecado secreto. La verdad sin embargo permanece, y cuando no estamos en un estado de perfecta alegría, es porque no hemos estado amando a otro – en pensamiento, palabra u obra. (VII.5: 2-3) Al percibir eso como un pecado te pones a la defensiva porque prevés un ataque. Tú eres el que toma la decisión de reaccionar de esa manera, y, por lo tanto, la puedes revocar. . A menudo no hay mucho que podamos hacer sobre el ataque de otro, real o no, pero hay algo que noso-tros siempre podemos hacer con nosotros mismos. Aquí, nuevamente, hay una declaración clara del poder de la mente para elegir, y cómo nuestra infelicidad proviene solo de haber tomado la

decisión equivocada.

(VII.5: 4) No puedes revocarla arrepintiéndote en el sentido usual de la palabra porque eso implicaría culpabilidad.

Este es un golpe sutil al Cristianismo, o cualquier religión o espiritualidad

que enseñe que nos arrepentimos haciendo cosas para compensar nuestro

pecado. Esto solo hace que el pecado y la culpa sean reales, lo que lleva a la

esperanza mágica de que expiando a aquellos a quienes hemos perjudicado

podemos pagarles de alguna manera y deshacer nuestro percibido acto

erróneo. Más allá de esta creencia está la ferviente esperanza de que al

cambiar nuestro comportamiento, de alguna manera nos sentiremos mejor,

sin tener que cambiar nuestras mentes. Sin embargo, debemos recordar que

el plan del ego exige que nunca seamos conscientes. Bendice nuestros sacrificios expiatorios, pero nunca acepta la Expiación verdadera, que simplemente corregiría la elección equivocada de la mente de creer que el

pecado es real, con consecuencias reales que requieren corrección fuera de la mente.

(VII.5: 5) Si sucumbes al sentimiento de culpabilidad, reforzarás el error en vez de permitir que sea des-hecho.

El error se deshace al llevarlo a la verdad, la creencia en la separación a la

Expiación. El ego nos hace sentirnos culpables, lo que atestigua la existencia del pecado, el error original, y esto solo fortalece nuestra identificación con el yo separado. El Espíritu Santo, por otro lado, deshace

este error simplemente enseñando que la culpa no está justificada ya que no

hay pecado; no pasó nada que pudiese destruir la perfecta unidad de Dios y

Su creación: la Idea del Hijo de Dios nunca ha abandonado Su Fuente.

Debe enfatizarse que Un Curso de Milagros nunca discute la forma, sino solo el contenido. Esto, sin embargo, no significa que no debemos hacer cosas conductualmente. Simplemente significa que antes de actuar (la forma), debemos hacer todo lo posible para que nuestras mentes se curen (el contenido). Esto requiere el reconocer que hay una mente, y que, si estamos molestos, es por una decisión que la mente ha tomado. Todos sabemos que cuando estamos inquietos, nuestro primer impulso es culpar a alguna situación o persona. En cambio, debemos darnos cuenta, una vez más, de que nuestra infelicidad es el resultado de la decisión de la mente de estar separada, y que la circunstancia o relación puede ser un medio para devolvernos a la mente, llamándonos la atención de que hemos tomado una decisión equivocada. Una vez que somos conscientes del verdadero problema y nos volvemos a la mente plena, el enfoque habrá cambiado desde el exterior - tratando de cambiar la situación o las personas - hacia la decisión de la mente. Cuando nuestras mentes estén curadas, todo lo que hagamos será amoroso. Incluso cuando el comportamiento es firme o disciplinario, sin embargo, su significado será amable. Deshacer el error mental de elegir incorrecta-mente es el mensaje principal de esta sección:

(VII-6: 1-2) Tomar esta decisión no puede ser algo difícil. Esto es obvio, si te percatas de que si no te sientes completamente dichoso es porque tú mismo así lo has decidido.

Es esta lógica simple la que puede hacer que Un Curso de Milagros parezca muy irritante. Jesús está diciendo: "No me digas que no puedes tomar una

decisión, o que esto es difícil. Ya has tomado una, así que solo necesitas revertir lo que elegiste". En otras palabras, realmente no estamos tomando una decisión, sino deshaciendo la que tomamos anteriormente, al darnos cuenta de que no nos ha hecho felices.

(VII-6: 3) Por lo tanto, el primer paso en el proceso de des-hacimiento es reconocer que decidiste equivocadamente a sabiendas, pero que con igual empeño puedes decidir de otra manera.

Implícito aquí es que nadie ni nada tiene el poder de quitarnos la paz de Dios; nada, es decir, excepto el poder de nuestra mente que puede elegir contra esa paz. De hecho, este es uno de los mensajes centrales de Un Curso de Milagros, la base del verdadero perdón: no hay nada que perdonar porque no ha pasado nada que pueda perturbar la paz de nuestra mente. Lo que sea que haya hecho el ego de otro no puede tener ningún efecto sobre nosotros a menos que elijamos otorgar ese poder al "pecado" sobre nosotros. Tanto el pecado como el perdón siguen siendo nuestras elecciones. La ira hacia otro se convierte en el medio que Jesús usa para ayudarnos a ver que nuestras acusaciones son proyecciones de auto-culpa que nuestras mentes ahora pueden corregir. Por cierto, vemos nuevamente en este capítulo de principios del texto el fuerte énfasis puesto en mirar el poder de la mente que tomó la decisión equivocada, una elección que solo el tomador de decisiones de la mente tiene el poder de cambiar.

(VII-6: 4) Sé muy firme contigo mismo con respecto a esto, y mantente plenamente consciente de que el proceso de des-hacimiento, que no procede de ti, se encuentra no obstante en ti porque Dios lo puso ahí. "Sé muy firme contigo mismo con respecto a esto" es el mismo tema que

vimos en el Capítulo 4, donde Jesús nos dijo que fuéramos honestos con nosotros mismos y que no le ocultemos nada (T-4.III.8:2). No está siendo duro, sino simplemente destacando la importancia de esta idea. Si realmente nos tomamos en serio el deseo de paz, "la otra manera" de Helen y Bill, debemos ser firmes y consistentes en nuestra voluntad de mirar la mente cada vez que estamos tentados a enojarnos y culpar a otro. Jesús nos pide que usemos la relación impía como un medio de volvernos a decir: "Si no estoy en paz, debo haber decidido mal, y es mi responsabilidad decidir lo contrario". El proceso de deshacer no es externo, ya que nosotros, como tomadores de decisiones de la mente, somos los dueños de nuestro destino. Jesús no puede deshacer el ego por nosotros, porque primero tenemos que permitirle recordarnos sobre nuestra ayuda interior. (VII-6: 5) Tu papel consiste simplemente en hacer que tu pensamiento retorne al punto en que se cometió el error, y en entregárselo allí a la Expiación en paz. "El punto en que se cometió el error" se refiere a la parte tomadora de decisiones de nuestras mentes, la fuente del error y el único lugar en el que se puede deshacer. (VII-6: 6) Repite para tus adentros lo que sigue a continuación tan sinceramente como puedas, recordando que el Espíritu Santo responderá de lleno a tu más leve invitación: Las cinco declaraciones que siguen no son literalmente lo que tenemos que decir. No es necesario memorizarlas (al igual que otras en el Curso) ni repetir las palabras cada vez que estamos molestos, sino que su contenido es lo extremadamente importante. Las declaraciones reflejan el proceso de

perdón que Jesús nos pide que apliquemos siempre que nos inquietemos.

Nos conducen suavemente desde la fuente percibida de malestar (el cuerpo)

hasta su causa (la mente), donde el Espíritu Santo y Su Expiación aguardan

nuestro regreso y corrigen nuestra decisión:

(VII.6: 7) Debo haber decidido equivocadamente porque no estoy en paz.

Esto devuelve el problema a la mente tomadora de decisiones. Cuando hablamos de los tres pasos del perdón, este es el primero: reconocer que no

estamos en paz y que el problema no es lo que otra persona ha hecho, o la

naturaleza de la situación, sino simplemente nuestra decisión por el ego.

(VII.6: 8) Yo mismo tomé esa decisión, por lo tanto, puedo tomar otra.

La decisión de ser culpables e identificarnos con el ego fue nuestra decisión

y, por lo tanto, podemos cambiar nuestras mentes. El primer paso devuelve

el problema de la culpa a la mente, mientras que el segundo ejerce su poder

para elegir. Esta es la función del milagro, representada en la tabla por el

arco en el lado derecho que representa el proceso de llevar nuestra atención

del mundo a la mente tomadora de decisiones. Diciendo "he tomado una

decisión equivocada porque no estoy en paz" deshace los intentos del ego

de borrar de nuestro consciente lo que hemos hecho, como vimos en el Capítulo 4 (T-4.V.4), donde el ego nos dijo que no estaríamos a salvo en la

mente, sino solo en el cuerpo al que debemos escapar a través de la proyección. Al hacer caer un velo a través de la mente, el ego efectuó nuestro olvido de que elegimos esto, protegiendo la proyección, aparentemente para siempre, en vez de corregirla.

El perdón, o el milagro, levantan el velo para que podamos ver nuestro error

y corregirlo eligiendo nueva-mente. Como ya hemos discutido, este proceso refleja el claro mensaje del primer principio de los milagros: no hay grados de dificultad entre ellos. Ya que nada afuera es la causa de nuestra angustia, ya sea una uña o un cáncer, una escaramuza o una guerra en el patio de recreo, la forma del problema es irrelevante para el poder curativo del milagro. El corolario de este primer principio es que no hay grados de dificultad en las ilusiones, porque son todas iguales: una ilusión es una ilusión es una ilusión. El problema es siempre nuestra elección equivocada, lo que significa que la solución consiste en deshacer el error cambiando nuestra mente.

La siguiente declaración implementa la elección correcta:

(VII.6: 9) Quiero tomar otra decisión porque deseo estar en paz.

Al ser conscientes de que hay una opción entre el ego y el Espíritu Santo,

aprendemos que, si elegimos escuchar la Voz de Dios, seremos recompensados por una sensación de paz permanente, la cual nunca podría

ser el caso si elegimos el ego. La versión de la paz del ego consiste en atacar a los malhechores y salir triunfante. Quizás nos golpeemos el pecho

con alegría, pero la buena sensación nunca dura, a diferencia del Espíritu

Santo, Cuya paz deshace para siempre la culpa que es la fuente de todo conflicto y estrés.

(VII.6: 10) No me siento culpable porque el Espíritu Santo, si se lo permito, anulará todas las consecuencias de mi decisión equivocada.

Este es el tercer paso del perdón. De nuevo, no es que el Espíritu Santo haga algo activamente; Él no es una persona en nuestras mentes que hace

cosas. Traer nuestra elección equivocada – la oscuridad de nuestras ilusiones – a Su luz de la verdad deshace automáticamente las consecuencias de la culpa. Si estamos en una habitación oscura y

encendemos la luz, la oscuridad desaparece. La luz no le ha hecho nada a la oscuridad; su presencia simplemente brilla sobre ella. Análogamente, el Espíritu Santo no le hace nada al ego; su culpa envuelta por la oscuridad se disipa cuando la llevamos a Su luz de perdón. Él no nos quita el ego; nuestras mentes tomadoras de decisiones simplemente eligen en contra de él. Como nosotros cometimos el error, somos los únicos que podemos deshacerlo. Somos nosotros quienes hacemos el trabajo. (VII.6: 11) Elijo permitírselo, al dejar que Él decida en favor de Dios por mí.

Nuevamente, este es el tercer paso del proceso de perdón, que refleja el alegre resultado de nuestra decisión por la mentalidad-correcta. Al elegir al Espíritu Santo como nuestro Maestro, de hecho, hemos decidido en favor de Dios, permitiendo que el Espíritu Santo "decida" por nosotros. Así es como termina el quinto capítulo, y en estos primeros movimientos de nuestra sinfonía podemos discernir un bosquejo del resto del Curso. Jesús nos ha enseñado a entender por qué elegimos el ego, cómo eso no nos ha ayudado, cuánto mejor nos sentiremos si aceptamos la responsabilidad de nuestra angustia, enfermedad y desesperación, y finalmente, reconocer que la elección por la verdadera esperanza reside en nuestra mente, donde podemos elegir su paz y amor en lugar del conflicto y el juicio del ego. Antes de dejar este tema, quiero citar algunos otros pasajes en Un Curso de Milagros que describen el perdón sin mencionar la palabra. Estos reflejan la enseñanza de que no podemos alcanzar el Cielo separándonos de los demás. No es necesario decir que, en este punto, la afirmación de que "la salvación es una empresa de colaboración" (T-4.VI.8:2) no significa que

debemos literalmente hacer algo conductualmente con otra persona, o estar con todos todo el tiempo, sino solo que no sentiremos paz si excluimos a alguien – en nuestras mentes. La enseñanza de Jesús es solo sobre la necesidad de excluir, y cualquier juicio que acompañe tal exclusión. Esto continúa con el importante tema de darnos cuenta de que la exclusión nos mantiene fuera del Cielo, mientras que la inclusión nos lleva a la puerta del Cielo, porque habremos deshecho las barreras de separación que hasta ahora nos habían dividido. No podemos conocer la Unidad del Cielo como cuerpos que viven en el mundo, pero podemos reflejar su simple verdad al no ver diferencias entre la Filiación. De hecho, esta visión, que mira más allá de la forma al contenido de la mente, es la esencia de la curación, como ahora leemos:

(IN.2: 5-7) Curar o hacer feliz es, por lo tanto, lo mismo que integrar y unificar. Por eso es por lo que no importa a qué parte de la Filiación se le ofrece la curación o qué parte la lleva a cabo. Todas las partes se benefician, y se benefician por igual.

Esta es también la razón por la cual no hay grados de dificultad en los milagros (o en la curación): un problema es todos los problemas; una solución es todas las soluciones. Cada elección por la mentalidad-correcta

dentro de la mente de cualquier Hijo aparentemente separado irradia a través de la Filiación – una mente es todas las mentes; un hermano es todos

los hermanos – y la bendición de la Expiación del Espíritu Santo es compartida por todos por igual:

(In.3: 1,4,6-8) Todo pensamiento benévolo que cualquiera de tus hermanos abrigue en cualquier parte del mundo te bendice. ... La luz es tan potente que irradia a través de toda la Filiación, la cual da gracias al Padre por irradiar Su dicha sobre ella. ... Es imposible que un Hijo de Dios pueda amar a su prójimo de manera diferente de como se ama a sí mismo. De ahí que la plegaria del sanador sea:

Permíteme conocer a este hermano como me conozco a mí mismo.
No podemos conocer a nuestro hermano a menos que nos conozcamos
a

nosotros mismos. Por eso el perdón es el gran sanador y nuestra única
oración es saber que los fragmentos separados de la Filiación – sin
excepción – comparten la misma necesidad, interés y objetivo. Tal
visión

deshace la creencia en el sistema de pensamiento del ego de
separación,

fragmentación y especialismo, y es el núcleo de la curación:

(I.1: 1-2) La curación es un pensamiento por medio del cual dos
mentes

perciben su unidad y se regocijan. Su gozo exhorta a todos los
miembros de la Filiación a que se regocijen junto con ellas, y permite
que Dios acuda a ellas y se manifieste a través de ellas.

Leemos en el libro de ejercicios que nuestra función y felicidad son una
(Lpl.66). Cuando perdonamos, el regocijo y la alegría es el resultado
inevitable porque hemos aprendido que el Espíritu Santo es la Voz que
habla para nosotros del interés compartido de la Filiación. ¿Qué podría
ser

más alegre que darse cuenta de que nuestros sueños de juicio y
muerte no

tuvieron efecto y que, de hecho, nunca sucedieron?

(III 2: 7-10) Se [la idea del Espíritu Santo] expande en ti a medida que
se la ofreces a tu hermano. Tu hermano no tiene que ser consciente del
Espíritu Santo en él o en ti para que se produzca este milagro. Puede
que él se haya desentendido de la Llamada de Dios, tal como tú lo
hiciste. Este desen-tendimiento se subsana en ambos a medida que
tomas consciencia de la Llamada de Dios en él, reconociendo de esta
forma su existencia.

La "Llamada de Dios" es sinónimo de la Voz de Dios, que en sí misma
es

sinónimo del Espíritu Santo. Si realmente soy consciente de que el
Espíritu

Santo está en ti, entonces no puedes ser el miserable y villano pecador
que

yo te hice ser. Necesito ser consciente de cuánto quiero excluir al
Espíritu

Santo de ti; como quiero verte como la morada del mal, de las tinieblas
y

del pecado en lugar verlo en mí (L-pl.93.1:1). Tenemos que ser enseñados que al perpetrar esta ilusión y no ver a los demás como parte de la Filiación, también nos excluimos a nosotros mismos porque la Filiación de Dios es una, una unidad indivisible. No hay partes separadas. Tenemos la ilusión de fragmentos dispares, pero la verdad es que somos uno. Esto significa que si la Llamada de Dios es aceptada por un miembro de la Filiación, es aceptada para todos y por todos. Mientras leemos en otra parte de Un Curso de Milagros, que cuando Jesús aceptó la Expiación para sí mismo (el verdadero significado de la resurrección, sin tener nada que ver con el mito bíblico), estábamos con él (M-23.6:8-9; C-6.5:5). No hay personalidades en el Cielo o conciencia o experiencia individualizada. Estos solo existen en la ilusión. Nuevamente, es importante darse cuenta de que somos partes fragmentarias de la única gloriosa Totalidad y que excluir a una persona niega la totalidad integral de la Filiación. Esto significa que no crucificamos a una persona sola, sino a todos los Hijos de Dios, incluidos nosotros mismos y Jesús. Estas son débiles insinuaciones de un tema que se desarrollará mucho más a medida que avancemos con nuestra sinfonía.

(III.3) Existen dos formas diametralmente opuestas de ver a tu hermano. Ambas tienen que encontrarse en tu mente porque tu eres el perceptor. Tienen que encontrarse también en la suya, puesto que lo estás percibiendo a él. Mira a tu hermano a través del Espíritu Santo en su mente, y reconocerás al Espíritu Santo en la tuya. Lo que reconoces en tu hermano lo reconoces en ti; y lo que compartes lo refuerzas.

Como hay dos voces en nosotros, debe haber dos voces en todos. También es cierto que la forma en que vemos a los demás viene de cómo nos vemos a nosotros mismos. El cómo los vemos, de hecho, no tiene nada que ver con

ellos, sino solo con nosotros mismos. Se deduce entonces que, si realmente somos serios acerca de tomar la mano de Jesús y encontrar a Dios, experimentar su amor y regresar a casa, no podemos justificar nuestra ira.

Esto no significa que no nos enojemos, sino solo que evitemos racionalizarlo, porque los intentos de justificación son el problema. Tenemos que aprender de nuestro nuevo maestro que la ira en cualquier

forma no está justificada, y siempre que estamos molestos con alguien,

estamos eligiendo no solo excluir a otro, sino excluirnos a nosotros mismos.

Claramente, entonces, no está en nuestro mejor interés el tener resentimientos. He dicho antes que Jesús apela a los motivos más básicos en

cada uno de nosotros, nuestro egoísmo, diciéndonos que simplemente nos

sentiremos mejor si dejamos que nuestros resentimientos desaparezcan,

eligiendo reconocer la igualdad universal de los Hijos fragmentados de Dios en lugar de siempre buscar establecer las diferencias en el nivel del

cuerpo como significativas y reales.

(III.4: 1-2) La Voz del Espíritu Santo en ti es débil. Por eso es por lo que debes compartirla.

Esto vuelve al tema de que las ideas se fortalecen cuando las compartimos o

las "damos". Por otro lado, la Voz del Espíritu Santo es débil en nosotros

cuando valoramos la separación, por lo cual también atacamos a otros.

Queriendo ver a los demás como separados, nuestra ira dice que la separación que percibimos no es nuestra culpa y que Dios los castigará a

ellos en lugar de a nosotros. La forma en que aprendemos a sanar nuestras

mentes es aprendiendo a sanar nuestras relaciones especiales. Si nos experimentamos como cuerpos en relación con otros cuerpos, ahí es donde

la curación necesita ser enfocada, pero no porque la relación en sí misma necesite curación. Como no sabemos que tenemos una mente, tenemos que aprender que la relación externa es el medio utilizado por Jesús para enseñarnos acerca de la proyección, y así sanar la relación especial de nuestra mente con el ego.

(III.4: 3-4) Tiene que hacerse más fuerte antes de que puedas oírla. Es imposible que la oigas dentro de ti mientras siga siendo tan débil en tu mente.

Tenemos que tener cuidado con las personas que nos dicen que escuchan al Espíritu Santo, porque casi siempre nos están transmitiendo su especialismo, aunque sutilmente. Esto nos demostraría cuán diferentes son

ellos de nosotros, lo que implica que nosotros no podemos escuchar la Voz

de Dios mientras que ellos si pueden. Ya que el Espíritu Santo es la Voz de

la unidad, nuevamente podemos ver que el objetivo de este curso es que, si

nos tomamos en serio el desarrollo de una relación con Jesús o el Espíritu

Santo, debemos ser serios acerca de no ver separación o diferencia significativa entre nosotros y alguien más.

(III.4: 5) No es que de por sí sea débil, sino que está limitada por tu renuencia a oírla.

El reflejo de la luz del amor del Cielo resplandece brillantemente, pero no

lo vemos porque hemos erigido barreras contra él. El himno del perdón del

Espíritu Santo se entona maravillosamente, pero no lo escuchamos porque

hemos optado por ahogarlo con los estridentes chillidos de especialismo del

ego. La Voz, el himno o la luz no son débiles, ni tampoco nuestra decisión

de ser un ego – separados, diferenciados y especiales. La fuerza de la mente

simplemente necesita ser redirigida. Como hemos manifestado separación, diferenciación, y especialismo en nuestras relaciones proyectadas, aquí es donde debe comenzar el proceso de perdón.

(III.4: 6-7) Si cometes el error de buscar el Espíritu Santo únicamente en ti, tus pensamientos te asustarán, ya que al adoptar el punto de vista del ego, estarás emprendiendo un viaje que le es ajeno al ego utilizándolo a él de guía. Esto no puede sino producir miedo. Lo que nos metió en problemas originalmente fue hacer las cosas por nuestra cuenta, sin Dios. Aquí Jesús nos dice que no podemos aprender o practicar este curso por nuestra cuenta. Esto no significa que necesitemos un compañero físico, sino, como hemos visto, que no podemos excluir a otros de nuestro perdón o de nuestro amor. Si lo hacemos, pensando que podemos llegar al Cielo por nosotros mismos, nunca llegaremos allí, porque estaríamos reforzando el problema de la separación que nos sacó del Cielo en primer lugar. Es por eso que nunca podrá haber una "guerra santa". No podemos librar una guerra por ningún ideal religioso o político mientras siga existiendo un pensamiento de conflicto en nuestras mentes, en el que creemos que el otro lado tiene que ser derrotado: cuando uno pierde, todos pierden. Es esencial entender, una vez más, que Un Curso de Milagros es no sobre el comportamiento, sino sobre los pensamientos y actitudes de la mente. Aunque teóricamente no es imposible, lo más difícil es emprender una guerra en el comportamiento y aun así estar en paz. En principio se

puede hacer, como la paz en nuestras mentes abarca a todas las personas, no habría culpa ni miedo, y, por lo tanto, no habría un contenido de guerra.

Uno de los pasajes más conocidos del Nuevo Testamento es del Sermón de la Montaña, donde Jesús exhorta a sus seguidores a poner la otra mejilla

(Mateo 5:39). Reinterpretado por Jesús en su curso, la frase se convierte en el epítome del perdón: mostrar a nuestros hermanos que no nos han hecho

daño porque el Hijo de Dios no puede ser herido, en lugar de que podamos

ser golpeados dos veces y luego perdonar lo que nos hicieron.

Parafraseando el libro de ejercicios (L-pl.153), en nuestra indefensión nuestro verdadero Ser miente, dice el ego:

(IV.4: 4-6) Nada puede hacerte daño, y no puedes mostrarle a tu hermano nada que no sea tu plenitud. Muéstrale que él no puede hacerte daño y que no le guardas rencor, pues, de lo contrario, te estarás guardando rencor a ti mismo. Ése es el significado de:

“Ofrécele

también la otra mejilla”.

Volvemos a este concepto tan importante, que es el núcleo del perdón.

Es el

regalo que nos damos los unos de los otros, para aprender que nuestros

pecados no han tenido ningún efecto porque permanecemos unidos en el

Amor de nuestro Creador y Fuente.

(IV.6: 1) El Espíritu Santo expía en todos nosotros des-haciendo y de esta manera te libera de la carga que le has impuesto a tu mente.

Si pensamos en los principios de los milagros en el Capítulo 1, "Expiar" significa "des-hacer" (T-1.I.26:2). Para expiar verdaderamente, primero no

debemos hacer realidad el pecado y luego arrepentirnos de nuestras fechorías o pensamientos erróneos. Más bien, el milagro observa el pecado

y deshace (o corrige) las percepciones erróneas del ego, viendo solo

sombras fragmentarias de la diminuta y alocada idea que no tuvo efecto y
que nunca sucedió realmente. Así nuestro pecado, la carga de culpa que
descansaba tan fuertemente en nuestras mentes, suavemente es deshecho
por la Expiación del Espíritu Santo.
(IV.6: 2) Al seguir al Espíritu Santo se te conduce de regreso a Dios, que
es donde te corresponde estar. Mas ¿cómo podrías encontrar el camino que conduce a Él sino llevando a tu hermano contigo?
El ego nos haría llegar a casa excluyendo a ciertas personas, segmentos de
la Filiación que juzgamos como diferentes de nosotros en virtud de su pecaminosidad. Jesús nos haría reconocer el costo para nosotros de tal exclusión. Esto nos impulsaría a elegir nuevamente, invitando a nuestros
antiguos enemigos a unirse a nosotros en el viaje con Jesús que nos lleva al
hogar que realmente nunca abandonamos.
(IV.6: 3) Mi papel en la Expiación no concluirá hasta que no te unas a ella y se la ofrezcas a otros.
La Filiación en la mente de Jesús es sanada de su creencia en la separación
porque siempre ha estado unificada. Debido a que no está unificada en la
mente dormida que sueña con la diferenciación, cada fragmento separado
debe elegir como lo hizo Jesús.
(IV.6: 4) Lo que enseñes es lo que aprenderás.
El tema que discutimos en el Capítulo 4 – que la enseñanza y el aprendizaje
son lo mismo – vuelve aquí. También es un motivo central en nuestra sinfonía, que refleja la naturaleza unificada de la mente y el cuerpo (las ideas no abandonan su fuente), y de la mente de la Filiación misma.
(IV.6: 5) Nunca te dejaré desamparado ni te abandonaré porque hacer eso sería abandonarme a mí mismo y abandonar a Dios Que me creó.
Si nos gusta cómo suena esto (¿y a quién no?) debemos decírselo a todos. Si

apreciamos que Jesús nunca nos abandonaría, debemos decir estas palabras

a las personas que queremos abandonar o eliminar, viéndolos como indignos del amor del Cielo. Si la Filiación no incluye a todas las personas,

el Hijo de Dios permanece crucificado. Esta naturaleza todo-inclusiva del

perdón es uno de los temas más importantes del Curso, y podemos ver cómo Jesús continúa desarrollándolo.

(IV.6: 6-8) Abandonas a Dios y te abandonas a ti mismo cuando abandonas a cualquiera de tus hermanos. Tienes que aprender a verlos tal como son, y entender que le pertenecen a Dios al igual que tú. ¿De qué mejor manera puedes tratar a tu hermano que dándole a Dios lo que es de Dios?

Esto está tomado de la famosa declaración bíblica sobre dar al César las

cosas que son del César y a Dios las cosas que son de Dios (Mateo 22:21).

Lo que es de Dios es la Filiación, unificada y completa, siendo lo más difícil dejar de lado nuestra ira y nuestros juicios, especialmente cuando hay

docenas, cientos, miles o incluso millones de personas están de acuerdo con

nosotros. Hay una gran resistencia en todos nosotros para traer a la mente

las oscuras proyecciones de culpa, diciendo: "Si te estoy condenando, primero debo haberme condenado a mí mismo". Jesús enseña que la condena que vemos como justificada en otro proviene solo de nuestras propias proyecciones. Lo que otros han hecho, o cualquier decisión que ellos hayan tomado, no son relevantes en este contexto. Lo que importa es

la decisión que tomamos, porque nosotros no podemos ayudar a nadie si

nuestras mentes permanecen sin sanar, lo que nos convertiría en los "sanadores no sanados" que veremos en el Capítulo 9. La única forma en

que podemos ser un instrumento sanador y amoroso es pidiendo ayuda a

Jesús para sanar nuestras mentes. Esto significa que le traemos nuestras

proyecciones de culpa, las cuales nosotros no estábamos listos para asumir la responsabilidad con anterioridad. Dar a Dios Su Hijo es nuestra única esperanza para paz, y nuestro maestro interno es la única esperanza para alcanzar esa paz.

Jesús

A medida que continuamos nuestro viaje sinfónico por el texto, hablaremos cada vez menos sobre Jesús porque habla cada vez menos de sí mismo. Al principio, Jesús personalizó su relación con Helen, pero con el tiempo esto se retiró en su mayor parte, aunque su presencia autoritaria es claramente sentida a lo largo del texto. Recordemos que Jesús y el Espíritu Santo son básicamente intercambiables en términos de función como nuestro Maestro interno, y que el viaje en el que Ellos nos conducen nos lleva de lo específico a lo abstracto, de Jesús a la Voz del Espíritu Santo, la cual termina siendo la nuestra. Sin embargo, necesitamos comenzar donde creemos que estamos, en el mundo específico o dualista en el que vivimos como cuerpos, que necesitan un símbolo específico en nuestras mentes que corrige nuestra creencia en las enseñanzas específicas del ego. Para muchos de nosotros en el mundo Occidental, este símbolo es Jesús. En este primer pasaje, Jesús nos dice cómo puede ayudarnos, pero no haciendo cosas para nosotros en el mundo:

(II.9: 1) Mi mente siempre será como la tuya porque fuimos creados iguales.

Vimos esto enunciado al comienzo del Capítulo 1 (T-1.II.3-4), donde Jesús enfatizó que él no era diferente de nosotros; en el tiempo, sí, porque su mente está sanada, pero no en la eternidad. Por otra parte, su mente no

puede ser más poderosa que la nuestra, porque el Hijo de Dios tiene una

sola mente, siendo una – en la ilusión y en la verdad.

(II.9: 2-3) Fue sólo la decisión que tomé lo que me dio plena potestad tanto en el Cielo como en la tierra. El único regalo que te puedo hacer es ayudarte a tomar la misma decisión.

Esto, por supuesto, es una referencia a Mateo 28:18, y como Jesús dice en

otra parte, todo poder en el Cielo y la tierra es nuestro, no solo suyo (por

ejemplo, L-pl.191.9:1; L-pll.320.1:4). Es el poder inherente de nuestras mentes tomadoras de decisiones para elegir el Cielo del Espíritu Santo o la

tierra del ego.

(II.9: 4) Inherente a esta decisión es la decisión de compartirla, pues la decisión en sí es la decisión de compartir.

La decisión del ego es la decisión de excluir. Comenzamos excluyendo a

Dios, y luego excluimos a todos los demás. Deshacer ese error y elegir el

Espíritu Santo es la decisión de compartir. Nosotros compartimos nuestra

Identidad, nuestro Ser creador, a Dios, y compartimos nuestra identidad de

mentalidad-dividida con nuestros hermanos. El último es el ser tomador de

decisiones que elige entre ilusión y verdad, ataque y perdón.

(II.9: 5-7) Se toma mediante el acto de dar, y es, por lo tanto, la única alternativa que se asemeja a la verdadera creación. Yo soy tu modelo a la hora de tomar decisiones. Al decidirme por Dios te mostré que es posible tomar esta decisión y que tú la puedes tomar.

Esto, nuevamente, se refiere al poder de decisión de la mente, no a nuestra

actividad corporal en el mundo. Como he mencionado en mi discusión del

Capítulo 2, esta enseñanza llega a principios del dictado, ilustrando la importancia que tiene para Jesús. De hecho, dice nuevamente en el Capítulo

6 que él es nuestro modelo para tomar decisiones o para el aprendizaje (T6.in.2:1; I.3:6; 7:2; 8:6-7). Ya debería estar claro que Un Curso de Milagros

es solo sobre el poder de la mente para deshacer su decisión equivocada, al

elegir ver el único propósito compartido por todos los Hijos de Dios (perdón), reflejando nuestra única función en el Cielo (creación). Y entonces nos enseña que tenemos una mente, y que el cuerpo sin mente es

una ilusión, una defensa contra el recordar que aun dentro el sueño somos

mentes tomadoras de decisiones.

(II.10: 1-5) Te he asegurado que la Mente que decidió por mí se encuentra también en ti, y que puedes permitirle que te transforme, tal como me transformó a mí. Esta Mente es inequívoca porque sólo oye una Voz y contesta de una sola manera. Tú eres la luz del mundo junto conmigo. El descanso no se deriva de dormir sino de despertar. El Espíritu Santo es la llamada a despertar y regocijarse.

Nuestros cuerpos descansan en la noche cuando dormimos, pero esto no

tiene nada que ver con la mente. El verdadero descanso solo viene del despertar del sueño de muerte del ego. Como la vida del ego es un sueño, el

Espíritu Santo puede ser definido como la llamada a despertar al pensamiento alentador de que nuestras vidas son meramente sueños.

En

verdad nosotros nunca abandonamos nuestro hogar en Dios. El Espíritu Santo, entonces, es la Mente totalmente unificada que decide por la Expiación, cuando elegimos permitirselo.

(II.10: 10) Escucha sólo esto [la llamada a despertar y a regocijarse] a través del Espíritu Santo en ti, y enseña a tus hermanos a escuchar tal como yo te estoy enseñando a ti.

No enseñamos a otros a escuchar gritando, predicando el evangelio de Un

Curso de Milagros, o confrontándolos con la metafísica del Curso. Les enseñamos a escuchar simplemente al nosotros escuchar, y al convertirnos

en el tranquilo recuerdo de la gentil y dulce canción del Espíritu Santo, la

gentil presencia del amor interno que elegimos en el instante santo. No

enseñamos con nuestras palabras o acciones, sino con el pensamiento de la

Expiación que hemos elegido para que sea nuestra identidad. El amor y la

paz que inevitablemente provienen de nuestra elección por la mentalidad correcta se extienden automáticamente, en cualquier forma que se necesite.

No hacemos nada más que dejarlos fluir a través de la mente dormida de la

Filiación.

(II.11: 1) Cuando te sientas tentado por la voz falsa, recurre a mí para que te recuerde cómo sanar compartiendo mi decisión, haciéndola así aún más firme.

Veremos este punto luego cuando discutamos la conclusión del Capítulo 5.

Siempre que no estemos en paz, es porque tomamos la decisión equivocada.

Jesús nos pide que seamos conscientes del error de nuestra mente, y que en

lugar de reaccionar a lo que está sucediendo afuera, vayamos adentro y le

pidamos ayuda. Siempre podemos saber que estamos siendo tentados por la

voz falsa cuando estamos enojados, críticos o ansiosos; cuando vemos diferencias muy significativas y cuando reconocemos que el especialismo

es nuestro objetivo deseado.

(II.11: 2) Al compartir este objetivo, aumentaremos su poder para atraer a toda la Filiación y para restituirla nuevamente a la unicidad en la que fue creada.

A lo largo de Un Curso de Milagros, de muchas maneras diferentes, Jesús

nos suplica que nos unamos a su amor; de lo contrario, nuestra curación y la

curación de la Filiación no pueden completarse. Nuestra función es enseñar

y aprender, los medios de curación. Jesús nos pide que nos volvamos más y

más como él, y mientras lo hacemos, la amorosa presencia de su pensamiento inevitablemente se extiende a través de nuestras mentes

curadas para abrazar a la Filiación como un todo.

(II.12) Te he pedido encarecidamente que te comportes tal como yo me comporté, pero para eso tenemos que responder a la misma Mente.

Esa

Mente es el Espíritu Santo, Cuya Voluntad dispone siempre en favor de Dios. El Espíritu Santo te enseña como tenerme a mí de modelo para tu pensamiento, y, consecuentemente, a comportarte como yo. El poder de

nuestra motivación conjunta está más allá de lo que se puede creer, pero no más allá de todo lo que se puede lograr. Lo que juntos podemos

lograr es ilimitado porque la Llamada a Dios es la llamada a lo ilimitado. Hijo de Dios, mi mensaje es para ti, para que lo oigas y se lo transmitas a otros a medida que respondes al Espíritu Santo en ti.

Dado que las ideas se comparten y las mentes están unidas, al permitir que

Jesús nos ayude, ayudamos a todos los Hijos de Dios. Al unirnos a él deshacemos la loca creencia del ego de que estamos separados del amor y

del amor de la creación. No hay nada que no se pueda lograr porque el único pensamiento del perdón se extiende a través de la mente de la Filiación, y al mundo que no ha abandonado su fuente en la mente.

Otros pasajes también extienden esta enseñanza:

(IV.4: 1-3) Yo oí una sola Voz porque comprendí que era imposible que pudiese expiar únicamente para mí mismo. Escuchar una sola Voz implica que has decidido compartirla para así poderla oír tú mismo. La Mente que estaba en mí se siente irresistiblemente atraída hacia todas las mentes creadas por Dios.

Como un aspecto del Hijo unido de Dios, la Expiación de Jesús es nuestra,

ya que la nuestra pertenece a todos. Es por eso que, al elegir estar con él, el

sistema de pensamiento del ego de separación del amor se deshace - para

nosotros y para la Filiación en su conjunto.

Jesús reitera este tema central de ser nuestro modelo o ejemplo:

(IV.5) Se puede enseñar de muchas maneras, pero ante todo con el ejemplo. Enseñar debe ser curativo, ya que consiste en compartir ideas y en el reconocimiento de que compartir ideas es reforzarlas. No puedo olvidar la necesidad que tengo de enseñar lo que he aprendido, la cual

surgió en mí precisamente por haberlo aprendido. Te exhorto a que enseñes lo que has aprendido porque al hacerlo podrás contar con ello. Haz que sea algo con lo que puedes contar en mi nombre porque mi nombre es el Nombre del Hijo de Dios. Lo que aprendí te lo doy libremente, y la Mente que estaba en mí se regocija cuando eliges escucharla.

Siempre que estemos tentados a enojarnos, por cualquier motivo, es el momento de pedir la ayuda de Jesús para que podamos mirar a través de sus

ojos y responder con su amor perdonador. Así es como crecemos para convertirnos en cada vez más como él, y, al compartir su función con otros,

la fortalecemos en la mente de la Filiación. Este es el medio para recuperar

la alegría que creemos que perdimos cuando escuchamos la mentira de la

separación del ego. ¿Por qué, entonces, no enseñaríamos como lo hace Jesús, ya que solo de esa manera aprenderíamos las alegres lecciones de

perdón?

(VI.2: 8-10) Mi papel consiste únicamente en desatar las cadenas que aprisionan tu voluntad y liberarla. Tu ego no puede aceptar esta libertad, y se opondrá a ella siempre que pueda y en cualquier forma que pueda. Y puesto que tú eres su hacedor, reconoces lo que él puede hacer, pues le confíste el poder de hacerlo.

Jesús nos recuerda, aquí y a lo largo de su curso, que nuestra mente tomadora de decisiones es el problema y también la respuesta. La culpa y el

juicio del ego representan el problema de la elección por la mente errada, y

el amor de Jesús refleja la respuesta, que es la corrección en la mente de su

error. Como él es el símbolo del poder de la mente para elegir la mentalidad-correcta, cuando nos unimos con él reclamamos ese poder, para

utilizarlo en nombre de la verdad de la Expiación en lugar de la ilusión de la

separación.

Conclusión

Cerramos con el maravilloso párrafo que termina la sección IV de este

capítulo, el cual resume muchos de sus temas importantes. Este es un pasaje único en el Curso en este punto, ya que es la primera vez que leemos algo de esta forma. Es casi como si Jesús hubiera estado dictando su sistema de pensamiento para Helen desde un guion, que luego dejó para cantar esta pequeña y encantadora aria (aria es una pieza musical creada para ser cantada por una voz solista sin coro, habitualmente con acompañamiento orquestal y como parte de una ópera o de una zarzuela). Originalmente estaba destinada a Helen, especialmente la línea de apertura, pero claramente está destinada a todos nosotros: la manera amable de Jesús de decir que podemos elegir de nuevo y sentirnos diferentes – la elección es nuestra. Incluso cuando no elegimos de manera diferente, obstinadamente aferrándonos a nuestros malos pensamientos hacia nosotros mismos y los demás, aún podemos obtener el consuelo de saber que nuestras mentes correctas están ahí; que Jesús ha retenido su corrección para el feliz día cuando nosotros lo elijamos solo a él y su amor como nuestro maestro. Cuando llegue ese día, tendremos conciencia de su presencia amorosa compartiéndola con todos los que vemos, sin excepción. Ahora nosotros recordamos que somos las sosegadas criaturas de Dios y Sus benditos Hijos. Esta canción inspiradora y reconfortante, entonces, es una manera encantadora de terminar el quinto movimiento de nuestra sinfonía: (IV.8) ¿Cómo es posible que tú que eres tan santo puedas sufrir? Todo tu pasado, excepto su belleza, ha desaparecido, y no queda ni rastro de él, salvo una bendición. He salvaguardado todas tus bondades y cada pensamiento amoroso que jamás hayas abrigado. Los he purificado de los errores que ocultaban su luz, y los he conservado para ti en su

perfecta luminiscencia. Se encuentran más allá de la destrucción y de la culpabilidad. Procedieron del Espíritu Santo en ti, y sabemos que lo que Dios crea es eterno. Puedes ciertamente partir en paz porque te he amado como me amé a mí mismo. Mi bendición va contigo para que la extiendas. Consérvala y compártela, para que siempre sea nuestra. Pongo la paz de Dios en tus manos y en tu corazón para que la conserves y la compartas. El corazón la puede conservar debido a su pureza y las manos la pueden ofrecer debido a su fuerza. No podemos perder. Mi juicio es tan poderoso como la sabiduría de Dios, en Cuyo Corazón y Manos radica nuestra existencia. Sus sosegadas criaturas son Sus Hijos benditos. Los Pensamientos de Dios están contigo. Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth Wapnick.